

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 766.

## SUMARIO.

Una semana en Salzburgo; grabados. — Cartas de verano. — Costumbres de las universidades de Alemania. — El crítico. — Revista de Paris. — Poesía. — Las fiestas de Eila; grabado. — Los premios y los envíos de Roma; grabados. — Artistas célebres. — La Maladeta junto á Venasque. — Ferro-carril de Vitré á Fougères; grabados. — Las Modas de Paris en 1867, por Bertall; grabados. — Oliverio. — Valentin Meilhan, violinista; grabado. — Incendio de la catedral de Francfort; grabado.

## Una semana en Salzburgo.

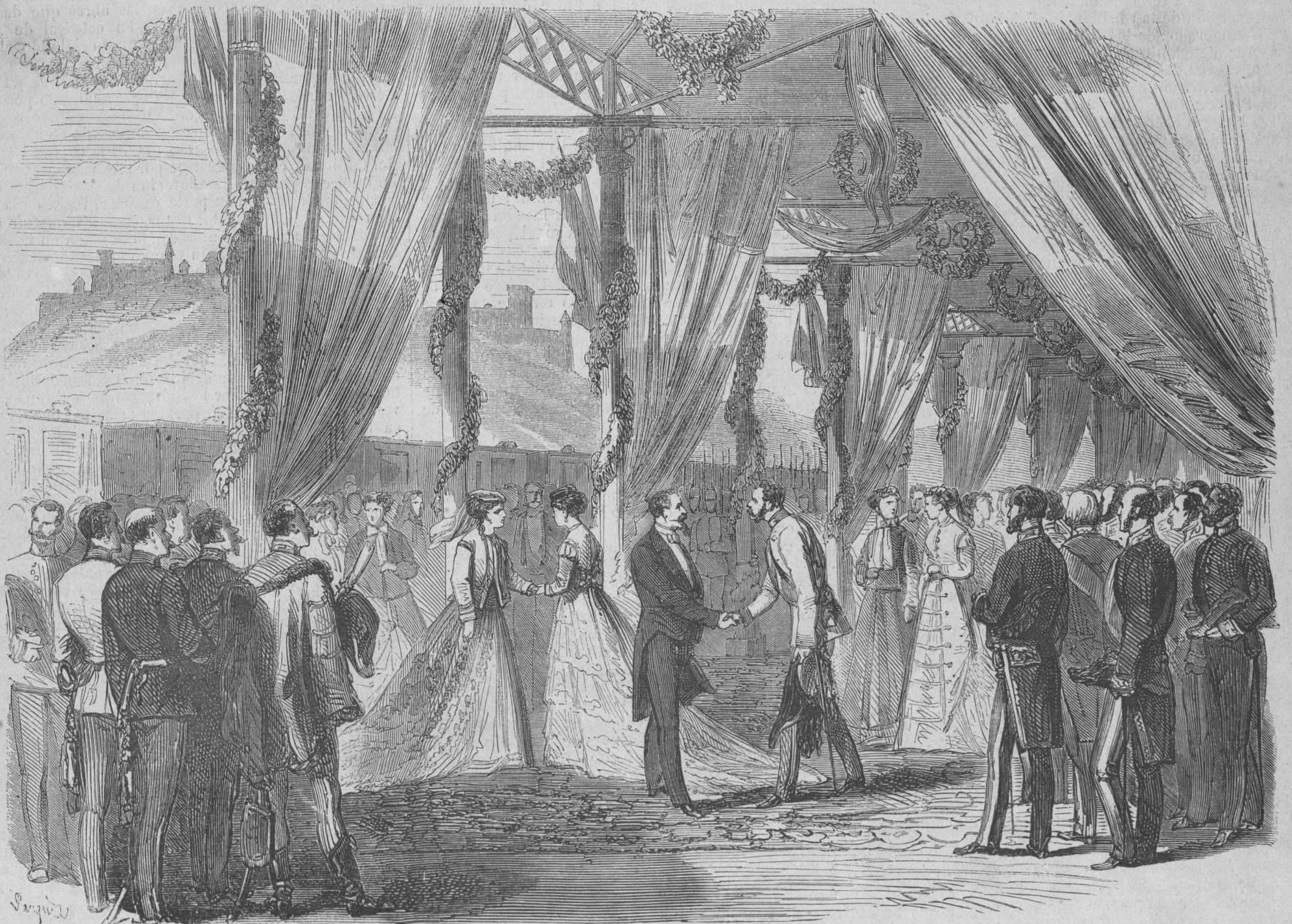
VIAJE DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES Á SALZBURGO. — LA ENTREVISTA.

Desde el 13 de agosto me hallaba en mi puesto para escribir esta correspondencia. Llegué á punto que se celebraba una gran fiesta religiosa y pude admirar en las pintorescas calles de Salzburgo toda la poblacion de los Alpes inmediatos con sus trajes tiroleses tan originales

y característicos. El día siguiente vi la entrada de toda la casa del emperador de Austria que llegó por tres trenes en mas de ochenta wagoes.

El 17 habia ya un gran gentío en Salzburgo y apenas se encontraban habitaciones. Las calles estaban surcadas de carruajes con las libreas de los principales señores austriacos.

Nada podria dar una idea de los admirables puntos de vista de que se disfruta cuando uno se pasea por el puente que pone en comunicacion el arrabal con la ciudad. Por todas partes asoman los Alpes gigantescos,



SALZBURGO. — Llegada de SS. MM. el emperador y la emperatriz de los franceses.

las risueñas colinas, los castillos, los conventos, las iglesias y esas mil bellezas que han valido á Salzbúrgo el nombre de la Roma de la Alemania. Relativamente hablando, la comparacion es muy justa, pues allí se encuentran los recuerdos del fuerte del Santo Angel, el Tiber, el Capitolio y San Pedro.

El 18 hubo una doble fiesta: era á la vez el aniversario del nacimiento del emperador Francisco José y la llegada á Salzbúrgo del emperador Napoleón III.

Las músicas militares recorrieron la ciudad desde las seis de la mañana para anunciar á las poblaciones la fiesta del soberano. A las siete el cañon enviaba hasta las cimas de los Alpes desde lo alto de la fortaleza los estrepitosos ecos de la fiesta oficial.

A las nueve hubo una misa mayor, una misa de Mozart, cantada en la patria de Mozart por la sociedad de música el *Mozarteum*, fundada especialmente en Salzbúrgo para la ejecucion de la obra del inmortal autor de *Don Juan*.

¡Qué ejecucion, qué instrumentos, qué voces! No hay duda que estamos aquí en la patria, en la tierra clásica de la música! En el momento de la elevacion los cazadores imperiales, formados en batalla en la plaza de la Residencia, y los artilleros del fuerte, hicieron temblar los edificios con sus salvas y sus fuegos de batallon. Los acentos de la música, el olor de la pólvora, el estampido de la artillería, el incienso, las voces de los jefes, las músicas, el ruido del tambor, todo esto simultáneamente concurría á dar á la escena religiosa del servicio divino católico una grandeza incomparable.

Todo el estado mayor de S. M. Francisco José asistía á este servicio, habiendo allí mas de 150 generales y oficiales superiores, todos con el uniforme de gala. Los gendarmes del palacio (guardias de corps) estaban formados en la inmensa nave de la iglesia.

Son las cuatro, hora fijada para la llegada del emperador Napoleón.

Sus Majestades el emperador y la emperatriz de Austria, S. A. I. el archiduque Luis Víctor, entran en la estacion un cuarto de hora antes de la llegada de sus augustos huéspedes. El emperador y el archiduque llevaban el uniforme de gala de los mariscales.

Los oficiales que debían agregarse al servicio del emperador y la emperatriz de los franceses, estaban todos allí esperando el principio de su entrada en funciones. Eran el feld-mariscal príncipe Emerich de Tour y Taxis, el glorioso herido de 1849; el coronel conde de Pajevich, joven y brillante oficial de húsares, amputado en la campaña de 1866; el coronel caballero de Franz; el capitán conde Lobkowicz y el conde J. Wilcz, chambelán que se alistó de simple soldado en 1866, hizo la campaña, se distinguió por diez acciones notables, mereció la gran medalla de oro por su valor excepcional, y dejó la mochila del simple soldado despues de la guerra, para volver á ser chambelán.

Esta eleccion de tan brillantes oficiales para el servicio del emperador de los franceses, se ha considerado como una atencion especial muy delicada.

Toda el ala derecha de la estacion y el muelle de desembarco, tenían colgadas con los colores nacionales de Francia y escudos franceses.

Pero hé aquí el tren imperial que llega y se detiene. La música de los cazadores toca el himno de la reina Hortensia, y un inmenso grito de ¡viva el emperador! resuena en los aires.

Napoleón III se apea del wagon, Francisco José se acerca á él, y los soberanos se estrechan las manos cordialmente y parecen radiantes de alegría.

Las dos graciosas emperatrices se dan un beso. El emperador Napoleón besa la mano de la emperatriz Elisabeth, y el emperador Francisco José da la misma señal de cortesía á la emperatriz Eugenia.

Luego los soberanos se presentan recíprocamente las personas de la comitiva, y las emperatrices las damas de honor.

La presentacion del archicanciller M. de Beust llamó particularmente la atencion y pareció especialmente simpática.

Despues de haber pasado al frente del batallon de cazadores formado en la estacion, los emperadores se reunieron con las emperatrices, y habiendo atravesado los salones de honor, ricamente adornados, tomaron asiento en una carretela á la Daumont que los llevó por la ciudad, donde fueron recibidos con los vítores de la muchedumbre.

En la comida oficial que tuvo efecto despues de la llegada, comida de cuarenta y seis cubiertos dispuesta en la sala blanca de la Residencia, había los ministros, los altos funcionarios austriacos y húngaros, los grandes dignatarios de la corte y la embajada francesa.

Despues del banquete se dió un paseo en carruaje hasta Klessheim para admirar las hogueras encendidas en todas las cumbres de los Alpes adyacentes. Distinguiáse mas de mil hogueras y á distancias enormes.

El 19, día en que hubo una primera conferencia, se dispuso otro paseo á Aigen, paseo que se efectuó en medio de un concurso extraordinario de carruajes, y despues hubo una funcion de gala.

Esta funcion fué brillantísima y honra sobremanera á la compañía dramática del *Burgtheater* de Viena, que es la primera de Alemania.

Los dos emperadores asistieron á toda la funcion, que se componía de una obra de un Excmo. señor que firma con el seudónimo Halm.

El martes 20 no tengo que señalar mas que la visita del anciano rey Luis de Baviera y de S. A. R. el gran duque de Hesse-Darmstadt al emperador Napoleón III, y un paseo á Klessheim por la tarde. Klessheim es un admi-

nable castillo edificado por un arzobispo cardenal en el siglo último, al estilo italiano, situado á 5 kilómetros de Salzbúrgo en la misma frontera bávara. En la actualidad pertenece á S. A. I. el archiduque Luis Víctor.

El miércoles 21 los emperadores dieron un paseo por la ciudad, y por la tarde hubo fiesta en Hellbrunn, residencia situada en el valle y famosa por sus fuentes, sus truchas, etc. Es un lugar bellissimo. SS. MM. permanecieron allí tanto tiempo que no pudieron asistir á la representacion de la noche.

El 22 hubo paseo por la mañana y por la tarde, toda la corte fué á la romería de Maria-Plain, desde donde se goza de una de las mejores vistas panorámicas de la cordillera de los Alpes tiroleses. Muchos centenares de coches particulares dieron escolta á los de la corte. La vuelta fué muy animada.

El 23 el emperador y la emperatriz de Austria acompañaron al emperador Napoleón y á la emperatriz Eugenia á la estacion y les saludaron con un cordial adiós.

El viaje se efectuó sin incidente hasta Estrasburgo, donde esperaba una estuasiasta acogida al emperador y á la emperatriz. La catedral iluminada producía un mágico efecto.

Tales son en compendio los principales recuerdos de una entrevista, que segun dicen todos los que han estado en Salzbúrgo cuando se ha verificado, no puede dejar de tener en la historia de nuestro tiempo una importancia de primer orden.

C. L.

## Cartas de verano.

### UNA EXPEDICION Á ÁVILA.

¿Hay nada mas fácil y mas lógico, una vez de temporada en el Escorial, que hacer una excursion á Avila, la célebre patria de santa Teresa de Jesús? El tren express que pasa por la estacion del Real sitio á las cinco de la tarde, deja á los expedicionarios escurialenses en Avila poco despues de las siete. Es un viaje tan cómodo como agradable. Todas estas facilidades, sin embargo, unidas á mi vivo deseo de conocer la ciudad que tan preciosas antigüedades encierra, no hubieran sido bastantes para emprender la expedicion, si un ilustre al par que simpático grupo de expedicionarios madrileños no me hubiera arrancado de mi tranquilo hogar, de la casa de Infantes, forzándome dulcemente á seguirle en su artística peregrinacion.

Acaudillaba este grupo un artista de gran renombre que así en la gerarquía oficial del arte de la pintura, como en la que le dan el mérito y el talento, ocupa el primer lugar entre todos los pintores españoles. Este célebre artista podia ser considerado como la gloria de ayer, y á su lado iba un joven catalán, por mas de un título afortunado, á quien sin ser profetas podemos ya saludar como la gloria de mañana.

El presente y el porvenir del nobilísimo arte que cultivaron Velazquez y Murillo parecían personificados en estas dos figuras del grupo, que completaban con algun candoroso adolescente tres niñas como tres soles, y cuenta que no hay exageracion en el símil; un consejero de Estado á quien no hacen falta las glorias administrativas para que su cabeza ceda ya al peso de sus legítimos laureles literarios.

Con tan buena compañía entré en Avila de los Caballeros en una de las calorosas tardes del pasado mes de julio. La alegre caravana lo primero en que se ocupó fué en buscar albergue, y tanto parecia urgirle esto, que no se fijó por de pronto en que el recinto de la ciudad es un gran rectángulo cerrado por murallas, bien conservadas en lo general, sobre todo por la banda del Norte que ofrece á la vista del curioso una serie de imponentes y soberbios torreones desde la puerta de San Vicente hasta el río Adaja.

A ninguno de los expedicionarios, incluidas las niñas, no obstante la fama de curiosas que tienen las de su sexo, se le ocurrió preguntar si aquellas torres, construidas á fines del siglo XI, habrían podido ser restauradas en los XIII y XV, como lo fueron todos los monumentos que pertenecen á la época de la primitiva repoblacion de la ciudad por el conde D. Ramon de Borgoña, yerno de D. Alfonso el VI.

Embebecido como hombre ya antiguo, estaba contemplando la venerable antigüedad de aquellos torreones, cuando se aproximó á mí un caballero anciano, cuyo traje parecia ocultar un eclesiástico, y me dijo officiosamente que las leyendas y las crónicas atribuían la construccion de aquellos muros á Casandro Romano y Florian de Pintuenga. Agradecí la noticia, no sin reirme en mis adentros de nombres tan extraños en los cuales la crítica moderna solo puede ver como un emblema que significa que la repoblacion encomendada por el gran conquistador de Toledo á su yerno el conde D. Ramon, se llevó á cabo con el auxilio de constructores franceses é italianos. Esta induccion se comprueba con el simple exámen de los monumentos de las otras ciudades que el mismo conde repobló, en todas las que se advierten claramente signos lapidarios semejantes en un todo á los que usaron en los siglos XI y XII los arquitectos de Borgoña y de las provincias del Mediodía de la Francia.

Pero Casandro y Pintuenga me habian alejado contra toda mi voluntad de mis compañeros á quienes pude

alcanzar á la puerta del hotel de San José. Sus semblantes disgustados y mustios me hicieron comprender que allí no había albergue para nosotros. La hospitalaria Avila no tiene mas que una fonda; las casas de huéspedes, segun tuvimos ocasion de saber, despues de recorrer una por una sus estrechas calles, estaban repletas de forasteros, de Madrid los mas; nuestro guia desconfiaba ya de encontrar sitio donde guarecernos, cuando en una de las casas, saturadas de huéspedes, le recordaron la de doña Lorenza. Corriendo nos dirigimos á ella, pero ¡oh fatalidad! doña Lorenza tenía un lleno completo y no cabía en su casa ni lo que se llama un alfiler.

¿Qué hacer en tamaño conflicto? ¿Será, nos decíamos, tan artística nuestra expedicion que nos condene el destino á pasar la noche bajo un techo tachonado de estrellas contemplando como se proyectan los rayos de la argentada luna sobre las afiligranadas torres de tantas admirables basílicas? Esta era una perspectiva horrible, pero empezaba á ser la nuestra, cuando el guia dándose una palmadita en la frente, nos preguntó: ¿Quiéren Vds. ir á una posada?

Tardamos un tanto en contestar, temerosos de caer en manos de alguna Maritornes, en alguna de esas posadas españolas que nos pinta Cervantes con tan vivos colores en su inmortal *Don Quijote*, mas aceptamos por fin y dimos con nuestros ascendereados cuerpos en una posada, situada en la Plaza, al lado del nuevo edificio municipal que allí se levanta, posada que se conoce en toda la provincia y veinte leguas á la redonda con el nombre de la *Mingorrriana*.

¡Bien por la Mingorrriana y por su amable y diligente dueña! En algunos hoteles de Madrid quisieran sus huéspedes encontrar tan buen trato y tan cómodo alojamiento. Aquí se realiza lo de la limpia mesa y blanda cama de «la Cacería real». En la modesta posada de Avila, lo hay todo, colgaduras, butacas, cuadros y hasta monolitos.

Recuperadas las fuerzas con el alimento y con el descanso, comenzó la artística caravana á llenar su mision en Avila desde las primeras horas de la mañana del día siguiente al de su llegada. La catedral, el mas venerable y el mas grandioso de los templos avilenses, mereció con justicia su primera visita. No satisfecho con lo que descubrian mis ojos, me aproximé á la parte mas autorizada del grupo para ir tomando nota de sus juicios, de sus datos y de sus impresiones.

Entramos en la catedral por la parte del Norte. ¡Magnífica portada del siglo XIII! En el interior ¡qué sepulcros tan numerosos y tan bellos! ¡Qué vidrieras de colores, obra de Cornelis de Holanda y de otros artistas españoles y de lo mas notable que hay en España, incluidas las catedrales de Toledo y Sevilla!

Y ¿qué diré á los lectores del *Correo* de los bellísimos altares platerescos, de mármol blanco, ejecutados con una delicadeza poco comun en las obras que de esta época existen en nuestro país? La catedral de Avila tiene cuadros de mérito, siendo muy celebrado el del altar mayor, que se distingue con dificultad y que fué ejecutado por los pintores españoles Santos Cruz y Pedro Berruguete á fines del siglo XV, y restaurado por Juan de Borgoña á principios del XVI.

Las capillas del trasaltar son dignas de atencion por sus tablas antiguas, y no lo es menos la capilla llamada del Cardenal, en el claustro, por sus vistosas vidrieras en que se representa la adoracion de los Magos y otros hechos análogos. En su parte exterior, fuera de la portada que he mencionado, lo mas notable que ofrece la catedral es la abside, unida con la muralla en tales términos, que mas que de un templo cristiano presenta el aspecto de una fortaleza inexpugnable.

Desde la catedral nos dirigimos á la basílica de los santos mártires Vicente, Sabina, y Cristeta. Mucho gustó á los artistas mis amigos. Es uno de los templos románicos mas notables de Castilla de los siglos XI y XII con restauracion del siglo XIII y del XV; de este último data el soberbio pórtico que se hizo en tiempo de los reyes Católicos, y del anterior las bóvedas que cubren sus naves. Las esculturas de su portada principal del siglo XII cautivan á los inteligentes y embelesan á los profanos en el arte por su gran carácter. Llama tambien poderosamente la atencion la urna de los mártires, llena de preciosos relieves y sostenida en columnas de forma caprichosa. La situacion de esta basílica es en la inmediacion de la famosa puerta de San Vicente, al nordeste de la ciudad.

Arrobado el grupo con la vista de tan artísticos primores, parecia indiferente á los ardientes rayos del sol canicular que caían perpendicularmente sobre las cabezas de los entusiastas turistas. Pero ¿qué importa el sol de julio cuando se trata de las maravillas del arte en los siglos XI y XV? ¿Qué significa un tabardillo mas ó menos ante tan venerandas antigüedades, ante tan preciosas reliquias, ante tan sabrosas tradiciones? Y una vez ya en el campo, sea la que quiera la fuerza del sol canicular, ¿cómo no andar media docena de kilómetros mas para visitar la célebre ermita de San Segundo?

Hállase esta ermita en las afueras de la poblacion á la parte del Mediodía, cerca del Adaja. Es un santuario completamente abandonado, cerrado para el culto y abierto solo para la curiosidad de los viajeros por las manos de un pobre santero que tiene por toda recompensa una mala choza y lo que recoge de la generosidad de los curiosos. En esta iglesia, que como edificio tiene poco que admirar, se conserva la caja en que estuvo el cuerpo del santo, porque este se trasladó en tiempo de Felipe II á la catedral.

Los amantes de las artes acuden allí para ver un retablo antiguo muy notable, del cual existen ocho tablas,

que representan obispos. Son de escuela española, de dibujo severo y algo duro, pero de buenos pliegues y fondo dorado, obra todo del siglo XV. En lo antiguo parece que tenía esta ermita una buena portada principal, pero ha sido tapiada y sustituida con otra lisa de piedra cárdena sin importancia arquitectónica. La del Mediodía conserva su preciosa archivolta románica.

Era ya la una de la tarde y nos esperaba en la Mingorriana una mesa servida á la española que nada dejó que desear. Allí se nos exhibió en toda su genuina sustancia la verdadera olla podrida española, ese cocido exornado con todo el acompañamiento y aparato que el interés de su condimento requiere.

Un principio fuerte y bien hecho y unos postres abundantes constituían el programa, programa que se compuso no obstante de cinco platos, toda vez que lo que se llama en tierra de España «un buen puchero» se dividió solemne y oportunamente en cuatro.

Un ligerísimo descanso bastó á la alegre caravana para ponerse de nuevo en movimiento y dirigirse á la iglesia de San Pedro. Franqueó las puertas una mujer que ejerce sin duda las funciones de sacristana, y penetrando en el templo, también románico, después de contemplar el magnífico roseton y los tres absides soberbios que le embellecen, observamos que la bóveda de su crucero estaba sostenida de una manera tan atrevida como original. Ostenta este templo en sus naves colaterales muy buenas tablas antiguas, de escuela italiana, las cuales contemplé muy á la ligera porque se siente en aquel santo edificio una humedad aterradora.

Es Avila tan abundante en templos que no bastaría una semana para verlos todos. Los de San Andrés, San Esteban y Santo Domingo son basílicas de verdadero mérito de los siglos XI y XII. Mas bello es todavía el de Santiago, hermosa iglesia del siglo XVI, situada á la parte del Mediodía, extramuros de la ciudad. Al fijar la vista en ella, se reconoce la gallarda arquitectura de su tiempo en sus altas ventanas sembradas de *pometadas* y en el arco de su entrada.

Es elegantísima su bóveda, se encuentran seis capillas, tres á cada lado antes de llegar al crucero y son muy esbeltas las columnatas suspendidas en repisas que sostienen los arcos ojivales. Los artistas de mi caravana se detuvieron á admirar un bello retablo, el de Santa Catalina, cuya figura linda, noble y bien movida cautiva á los inteligentes.

Pero sobre todos estos templos, sobre todas estas maravillas del arte nos restaba visitar el templo que á mi juicio los eclipsa á todos, tal es el de Santo Tomás de Villanueva, hoy seminario conciliar. Este hermoso monumento, situado extramuros de Avila, á la banda de Oriente, ha estado á punto de desaparecer, devorado por la desamortización. Hace pocos años vendido por la Hacienda como finca de bienes nacionales, fué adquirido por un caballero, el señor Bachiller, que amante por fortuna de las artes, lo conservó para gloria de España. ¡Pobre templo si cae en otras manos!

El actual celoso é ilustrado obispo de Avila, señor Blanco, deseoso de establecer allí el seminario conciliar, aprovechándose de ciertas cuestiones surgidas entre la Hacienda y el propietario, se lo compró á este, secundado por la generosa piedad de nuestra augusta soberana que le facilitó cuantiosas sumas. Santo Tomás de Villanueva existe, pues, para el arte y para España.

Su estructura pertenece al siglo XV. Es de elegante estilo ojival y su distribución tan sencilla como bien proporcionada. Hay en el interior de la gran nave, y esto es lo que allí atrae tantos visitantes y curiosos, cerca del altar mayor, el cual está colocado en alto, aislado del resto del templo, un magnífico sepulcro en que yacen los restos mortales del príncipe D. Juan, hijo de los reyes Católicos. Este sepulcro, obra del maestro italiano Domenico Florentino es acaso el mas bello que hay en España. La urna está flanqueada por cuatro grupos de exquisita ejecución y arrogante actitud y en sus cuatro caras hay preciosos bajo-relieves á manera de medallones bajo sus correspondientes arcadas. Esta urna sostiene el lecho mortuorio del príncipe, que está revestido con armadura y capa, en actitud noble y sencilla, con las manos juntas y la espada colocada encima. La hermosa figura del príncipe cautiva y enternece. Es la de un ángel.

Temo fatigar demasiado á mis lectores, llevándoles conmigo á las Madres, primera fundación de Santa Teresa; en cuyo presbiterio está el sepulcro del obispo Mendoza, y después al convento de Carmelitas descalzas levantado, en la misma alcoba donde nació la Santa. A este último templo le basta tradición tan gloriosa, aunque no tenga la de las artes para verse muy visitado.

En vecindad íntima con el Instituto de segunda enseñanza, pasan los forasteros del uno al otro con tanto mas motivo cuanto que el templo de la ciencia es al propio tiempo Museo provincial, y como tal conserva un tríptico curioso de buena escuela española del siglo XV, cuyas tablas representan asuntos de la vida de la Virgen y de Jesucristo.

Por iguales razones de prudencia, pasaré por alto la visita que hicimos á la capilla de Mosen Rubí, construcción del siglo XV, de estilo ojival florido y de linda y extraña planta formando estrella.

Concedido al arte lo que de nosotros tenía derecho á exigir, invertimos el resto de nuestra expedición en recorrer el primoroso paseo y la agradable campiña de Avila, en ver su provisto mercado, en admirar su espacioso y elegante casino y en concurrir una noche á su pequeño pero lindo teatro.

Sorprende el risueño aspecto de este tanto mas, cuanto que está encerrado en un triste y vasto caseron, situado

en una oscura encrucijada adonde confluyen varias calles estrechas y solitarias. Allí vimos muy bien interpretada por la graciosa é interesante señora Revilla, por el señor Pastrana y otros actores no tan conocidos nuestros, *la Calle de la Montera*, ingeniosa comedia al estilo de las de capa y espada, del ingeniosísimo Narciso Serra.

Todo esto vimos en Avila en dos dias que se deslizaron alegres y sin sentir, salpimentados por el buen humor y la cariñosa confianza. Cuando llegó la hora de partir para tomar el tren, sentimos todos, las niñas como los varones, vernos en la necesidad dolorosa de poner término á tan agradable jornada y de abandonar la *Mingorriana*, molde y espejo de posadas españolas, sitio para nosotros de agradables recuerdos y modesto centro de dulce hospitalidad, de cómodos goees y de inolvidables monolitos.

F. DE P. MADRAZO.

## Costumbres de las universidades

DE ALEMANIA.

(Conclusion.)

Jena contaba en otro tiempo cerca de ochocientos estudiantes; pero de algunos años á esta parte ha disminuido su número por mitad, y aun entre estos los mas subsisten de lo que les proporcionan los fondos de caridad. La fundación de los dotes pios es excelente; pero es difícil formarse una idea del abuso que de ellos se ha hecho en las universidades alemanas, tanto católicas como protestantes, y sobre todo en la facultad de teología.

Cuando la reforma, carecían de pastor muchas iglesias, y se procuró multiplicarlos dando á todos los jóvenes que se presentasen una suma que se tomaba de los réditos de los establecimientos católicos que se habían reunido á los bienes del Estado. En los países católicos, los seminarios reciben continuamente socorros de los particulares y monasterios.

Esta liberalidad mal entendida puebla el santuario de jóvenes pobres que renuncian á la modesta profesión de sus padres para abrazar un estado para el que no tienen la menor vocación.

Los principes que fundaron la universidad de Jena no poseían bastantes riquezas para constituirse padres de la iglesia, y de ahí proviene que el único establecimiento de caridad que posee aquella universidad es el *Freytisch* ó la mesa libre.

Este establecimiento suministra á los estudiantes pobres comida y cena á mesa redonda; mas no se crea por esto que se les alimente enteramente de balde, pues el claustro tiene la costumbre de exigir un *groschen* diario, como unos tres reales y diez y ocho maravedises por semana, á los cursantes menos indigentes.

El número de plazas que hay en el *Freytisch* asciende á ciento cincuenta, de modo que la beneficencia de la universidad se extiende á mas de la cuarta parte de estudiantes. Esta institución fué suprimida hace algunos años, y el claustro distribuye actualmente á los estudiantes necesitados los fondos que servían para costear la mesa pública; ó mas bien con el objeto de que no se distraigan del fin para que están destinados, paga la parte que toca á cada cursante al mesonero en cuya casa comen.

La repentina baja que ha experimentado el número de estudiantes que acudian á Jena puede atribuirse al asesinato de Kotzebue y á la extravagante idea de que todos los cursantes de aquella universidad estaban animados de los mismos sentimientos que su compañero Sand; que imitarían su ejemplo, si se les presentaba ocasión, y que algunas de sus cátedras habían sido manchadas con lecciones de sedición y con la justificación, á lo menos indirecta, de aquel asesinato.

Sin embargo, los antiguos condiscípulos de Sand lo habían siempre presentado como un hipocondriaco, que absorto continuamente en sus meditaciones, vivía enteramente aislado é indiferente á los pasatiempos de sus compañeros.

Lo cierto es que bramaba la tempestad, tiempo había, sobre la universidad de Jena; porque allí era donde se había concebido el proyecto de la fiesta de Warburgo, que la dieta germánica miró siempre como un acto de rebelión; y allí fué donde nació la *Burschenschaft*, institución sospechosa al poder.

Los escritos periódicos que publicaban los profesores de Jena turbaban el sueño de los diplomáticos de Francfort y de Viena; y el asesinato de Kotzebue, que ha causado mayores males á la libertad de Alemania que todas sus apologías del despotismo, vino por último á ofrecer un pretexto para destruir la universidad de Jena.

En algunos Estados se llegó á prohibir que los jóvenes fuesen á estudiar en Jena, y en todos los demás era generalmente sabido que el gobierno miraba con recelo á los cursantes de aquella universidad.

Ello no cabe duda que algunos profesores, llevados de un celo demasiado ardiente por las mejoras políticas del país, han cerrado los ojos á las extravagancias de sus discípulos; pero esta imprudencia ha sido cruelmente castigada en la corporación entera.

Por de pronto han visto disminuirse considerablemente sus salarios á causa de la deserción de los estudiantes, y han tenido que padecer además suspensiones, destituciones y detenciones arbitrarias.

El doctor Fries, profesor de metafísica, que había asistido á la fiesta de Warburgo, fué suspendido de sus funciones por este solo motivo. Pero el mas desgraciado de todos fué el doctor Oken, profesor de historia natural. El mundo sabio lo mira como uno de los hombres mas profundamente versados en todos los ramos de las ciencias físicas: su carácter es de una dulzura y afabilidad extremada; en su conversacion evita siempre con cuidado cuanto puede tener el menor roce con la política, y es, segun el testimonio de todos sus colegas, uno de los sujetos mas pacíficos del país.

Asistió también á la fiesta de Warburgo: y en la famosa discusión acerca de la especie de instituciones que se habían prometido á la Alemania, se decidió por el partido liberal.

Publicaba, hacia algún tiempo, bajo el título de *Isis*, un periódico dedicado exclusivamente á las ciencias naturales; dejó desgraciadamente deslizar en él algunos artículos de una oposición amarga, y cuyo estilo violento contrastaba singularmente con su mansedumbre ordinaria, y la Rusia, la Prusia y el Austria pidieron al punto con instancia la destitución del jacobino *enmascarado* que había organizado la revolución en el seno de la universidad.

El gran duque de Weimar, que era enemigo de medidas violentas, se negó á tomarlas contra un hombre generalmente apreciado; pero todo lo mas que pudo alcanzar de las tres grandes potencias fué se obligase al señor Oken á elegir entre la cátedra ó el periódico.

El profesor rehusó hacer esta elección, diciendo que no sabia que existiese ninguna ley que los declarase incompatibles; y fué por último destituido sin prévia formación de causa.

La comisión permanente de la cámara legislativa de Weimar, aprobó este golpe de estado, declarándolo legal, con grande extrañeza de la Alemania entera.

El cariño que profesaban al señor Oken sus discípulos subió de punto después de su desgracia, y le hicieron un presente de una copa de oro con esta inscripción: *Te han ofrecido agenjo, bebe vino*. Habiendo un naturalista de Weimar dejado á su muerte una preciosa colección de insectos, así indígenas como extranjeros, que su viuda deseaba vender, los estudiantes la compraron y la regalaron á su profesor.

La calma y resignación que ha manifestado en el infortunio han acabado de grangearle la estimación general. La *Isis*, restituida exclusivamente á las ciencias naturales, ha recobrado su antigua prosperidad.

El señor Luden, profesor de historia en Jena, hubiera probablemente corrido la misma suerte que su colega, si no hubiese sabido conjurar con tiempo la tempestad. Es hombre de vasta erudición, de penetración rara, de una elocuencia vigorosa y arrebataadora; á veces es cáustico hasta el exceso, y siempre fuerte y mordaz cuando defiende su opinión.

Su curso es regularmente el mas numeroso de toda la universidad; sus lecciones no se crea que consisten en una relación de hechos que cualquiera puede hallar en sus libros, sino en un exámen claro y profundo de las cuestiones de crítica histórica y de filosofía, que tienen relación con los acontecimientos que va analizando. Es apasionado de Williams Temple y ha escrito su biografía.

— Si he llegado á conocer el espíritu de la historia, decía un dia; si sé apreciar las instituciones ó la conducta política de los pueblos y de los soberanos, es á Williams Temple á quien lo debo.

A principios de 1814, el señor Luden emprendió la publicación de un periódico titulado la *Némesis*. Como lo indica su mismo título, su principal objeto era fomentar las pasiones del pueblo concitadas contra los franceses.

Después de la paz, este periódico vino á ser un arma poderosa en manos de los liberales alemanes, y el talento é influjo del editor lo hicieron sumamente terrible al partido opuesto.

Escrito con mas prudencia que la *Isis*, y extraño á las personalidades, no dió lugar á ninguna persecución.

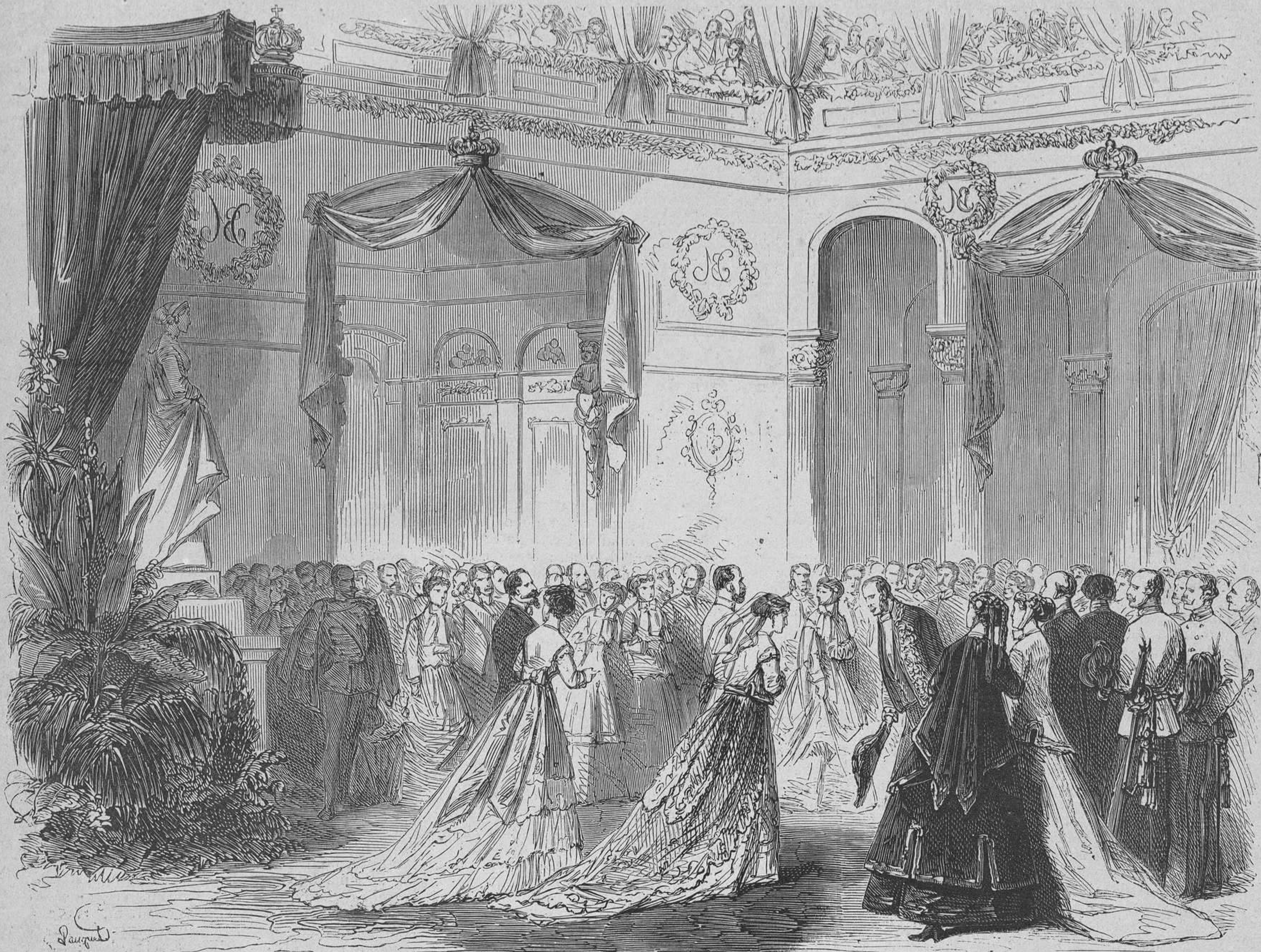
Por otra parte, no estaba al alcance del vulgo; y harto circunspecto en sus observaciones políticas, presentaba discusiones históricas recargadas de aquella erudición metafísica, que es tan comun en los publicistas de la confederación.

Pero cabalmente esta misma moderación, que le daba sobrada influencia sobre las clases superiores, fué causa de que se conjurasen para labrar la perdición de la *Némesis*; un deplorable altercado que sobrevino entre su editor y Kotzebue sirvió de pretexto para las persecuciones que el primero hubo de padecer.

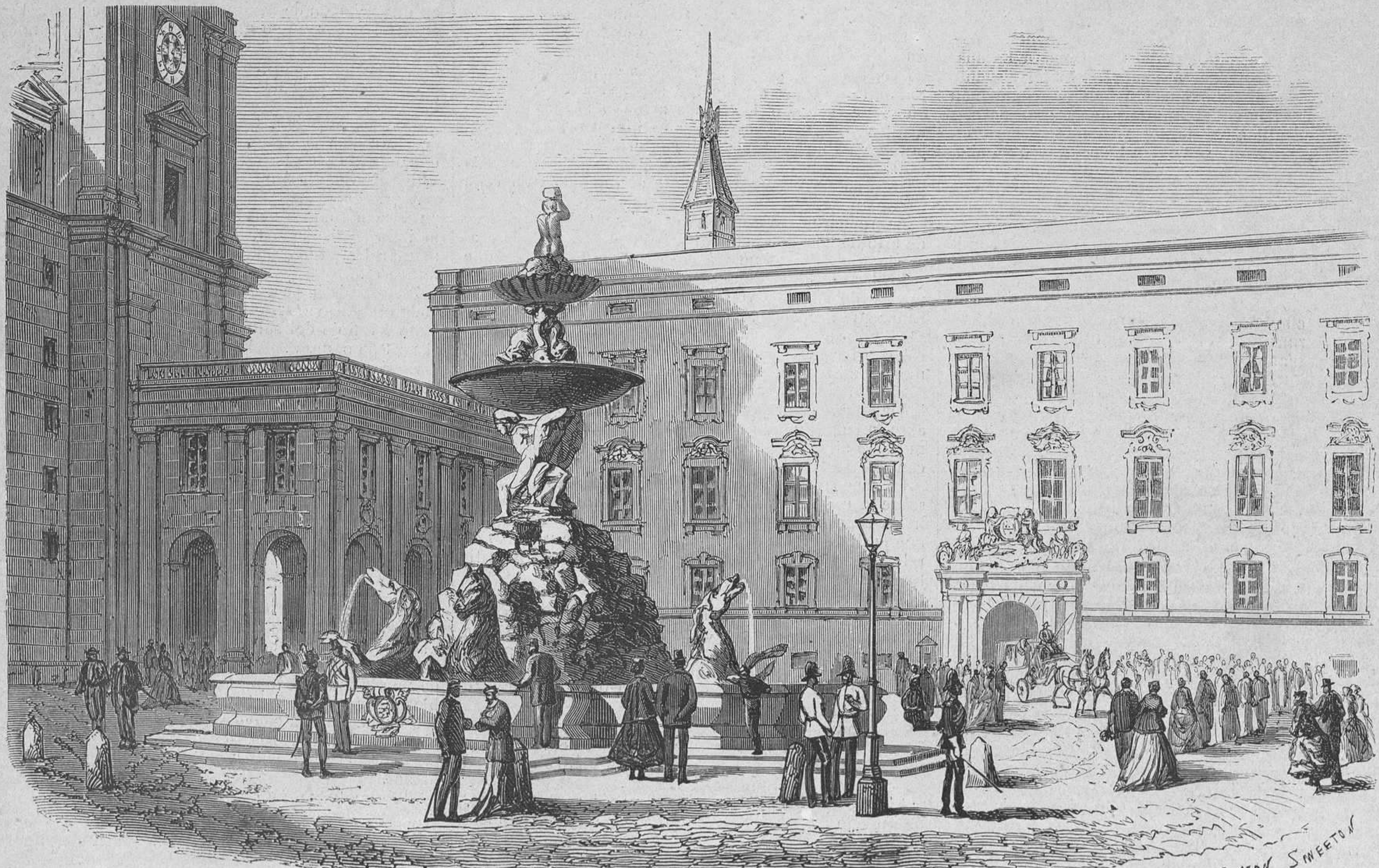
Un artículo de la *Némesis*, redactado por el señor Luden sobre la política de las potencias de Europa, confinia, respecto de la administración civil y de la política exterior de la Rusia, algunas observaciones que, á pesar de no ser hostiles, nada tenían de lisonjero para el gobierno de aquella nación.

Kotzebue estaba concluyendo su segunda noticia para el emperador de Rusia sobre el estado de la literatura alemana, cuando aquel artículo fué á parar en sus manos.

El dramaturgo, en guerra á la sazón con las universidades y sus profesores, dió cuenta de él en un sentido muy poco ventajoso, suprimiendo todo lo que contenía favorable para la Rusia y lo respetuoso para Alejandro, realzando con odiosa parcialidad y dando un negro co-



SALZBURGO. — Recepcion en el salon del camino de hierro.



SALZBURGO. — Residencia de SS. MM. el emperador y la emperatriz de los franceses.

lorido á cuanto podia presentar la apariencia de una censura, y sazonzando el todo con atroces denuestos contra el carácter público y privado del autor.

Una persona de Weimar tuvo lugar de sacar una copia de la noticia de Kotzebue antes que saliese para San Petersburgo; pero como entendía muy poco el francés, y se le presentaban algo oscuros algunos pasajes, rogó á su vecino el doctor L... que le explicase su sentido. Aquellos pasajes eran cabalmente los mas hostiles contra M. Luden, de quien era amigo íntimo el doctor L... Suplicó este al copista le facilitase el manuscrito por algunas horas, y se apresuró á enviar una copia á su amigo.

El señor Luden, despues de haber añadido á aquel extracto un comentario en que se desagraviaba colmadamente de Kotzebue, lo mandó á su impresor de Weimar para que lo insertase en el próximo número de la *Némesis*.

Kotzebue, informado, se ignoró cómo, de que iba á publicarse un extracto de su boletín, que tanto le interesaba tener oculto en Alemania, se quejó al residente ruso de aquella violacion de la propiedad.

El conde Edling, ministro á la sazón de Negocios extranjeros, dió orden al impresor de suspender la composicion del número; pero era ya tarde; el número estaba compuesto y habian comenzado á tirarlo; y como no se habia prohibido su publicacion, se remitieron á Jena los ejemplares tirados.

Llenóse de despecho Kotzebue, é hizo recoger y quemar todos los números de la *Némesis* que contenian el fatal artículo. Medida vana: el señor Oken lo mandó insertar inmediatamente en su *Isis*; esta fué recogida y condenada. El artículo volvió luego á aparecer en el *Amigo del pueblo*, diario redactado por el hijo del célebre Wieland: esta hoja fué tambien recogida y condenada.

Sin embargo, el artículo circuló por toda la Alemania; Kotzebue, arrancada la máscara y hecho el blanco de la animadversion general, se puso furioso, se desató en términos muy violentos contra el gobierno de Weimar, lo amenazó con la venganza del emperador de Rusia, y se retiró á Manheim, donde no tardó en espirar bajo el puñal de Sand.

Sus amenazas atrajeron sobre el señor Luden un procedimiento criminal que el gran duque encargó á la universidad de Leipsick. Esta corporacion condenó al profesor en una crecida multa, de que podia librarse con una detencion de tres meses; pero esta sentencia fué anulada por el tribunal supremo de Jena.

El profesor tomando á su vez la ofensiva, acusó á Kotzebue de difamacion; el tribunal de Weimar envió la acusacion á la facultad de derecho de Warburgo, la cual condenó á Kotzebue á retractar, como un tejido de insultos y falsedades, cuanto habia escrito contra el señor Luden, y á pagar las costas del proceso.

El éxito de este negocio desagradó altamente á la corte de San Petersburgo, á la que las relaciones de familia dan una influencia poderosísima sobre la de Weimar. Temiendo por su periódico y por su persona las funestas consecuencias de aquel altercado, previendo en un porvenir no muy remoto una censura á que hubiera rehusado someterse, y acordándose sin duda de la desgraciada suerte del doctor Oken, renunció Luden á la *Némesis*.

El público y sus alumnos concurren á porfía á desagraviarle de la calumnia con su aprecio y estimacion, y honran en su persona el firme apoyo de las libertades de Alemania.

M. DE F.

**El crítico.**

CUENTO DE ANDERSON.

Reuniéronse cinco hermanos para tratar de su porvenir.

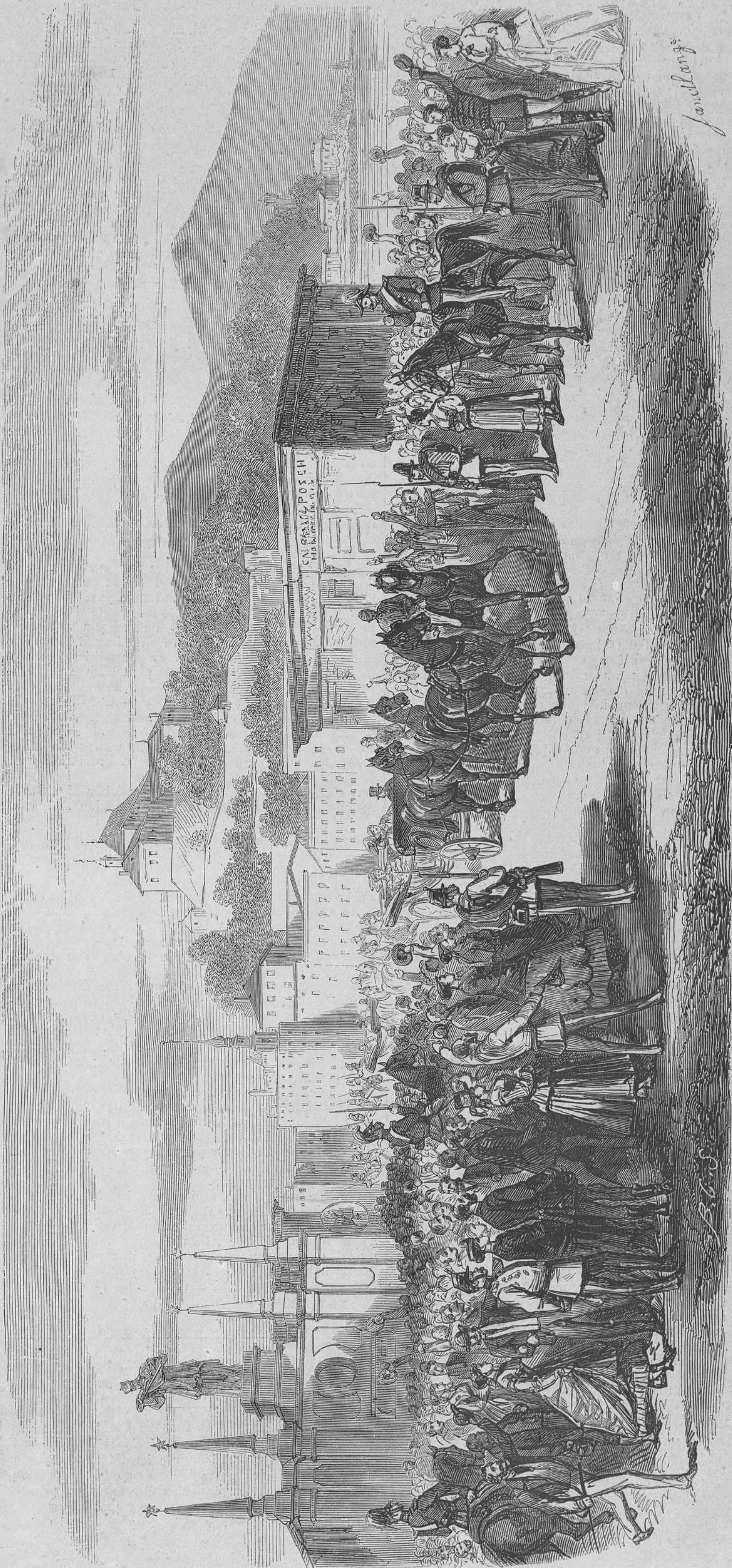
— Yo quiero ser útil á mis semejantes, dijo el mayor; que mi posicion sea brillante ó modesta, poco me importa con tal que sea honrada. Me pondré á fabricar ladrillos, que son objetos indispensables y ganaré para mi subsistencia.

— Sí, pero eso es poco, replicó el segundo, ese oficio no vale gran cosa, porque desde que hay máquinas ya no son necesarios los brazos para fabricar ladrillos. Yo no son necesarios los brazos para fabricar ladrillos. Yo prefiero ser albañil, es oficio mas seguro, puesto que mientras haya ciudades no dejará de edificarse.

— Peor es este oficio que el anterior, dijo el tercero. ¿Qué consideracion goza un albañil en la sociedad? Mejor quiero ser arquitecto, porque este exige á la vez inteligencia y saber. No se me oculta que será necesario empezar por ser aprendiz, que los maestros me obligarán á que vaya á llevarles la comida y hasta barrer el taller, que llegarán tal vez á tutearme; pero esto no vale la pena; trabajando llegaré á ser arquitecto, y con un poco de suerte seré miembro de una academia. Esto ya es una cosa mas decente.

— Sí, una cosa que me da poco que envidiar, dijo el cuarto. Mejor quiero ser escultor. Yo siento en mí el genio, crearé un nuevo estilo y contribuiré al desenvolvimiento de las bellas artes y al progreso de la civilizacion.

— Esto es cierto, pero no tienes presentes las dificultades de la época, exclamó el menor de todos. Dejándote llevar del vuelo de tu inspiracion, quizás te adelantés á tu siglo: en este caso no serás comprendido y



SALZBURGO. — El cortejo imperial pasando por el puente de Capuchinos.

Janullang

181

vegetarás en la miseria. Con vuestras ideas, amigos míos, continuó, no llegareis á ser nunca nada. Por lo demás, haced lo que mas os plazca; no seré yo quien os contradiga. Mis propósitos son hacerme un crítico temible. Juzgaré á los demás, depuraré las costumbres, los escritos y los hombres, condenaré, en fin, todo lo que encuentre de malo, haciendo, en mi concepto, un servicio superior al vuestro.

Al cabo de algun tiempo realizó sus deseos. Cuando se hablaba de él, todo el mundo decía: ¡qué talento! ¡qué imaginación tiene ese hombre! Es lástima que no haga nada. Porque en último resultado ¿qué es un crítico? Un hombre que no tendria ocupacion si no existieran las obras que critica.

Sin embargo, un crítico es alguna cosa, si es bueno, se entiende, porque si es malo es menos que nada.

Ved ahora una historia sencilla, pero que no se acabará sino con el mundo. Fijad la atención, porque la vida de los cinco hermanos es todo un poema.

El hermano mayor, el fabricante de ladrillos, conoció muy pronto que cada ladrillo valia dos cuartos, cantidad insignificante, es verdad, pero diez y siete monedas de dos cuartos hacen una peseta. Con las pesetas siempre es un bien recibido en la carnicería, en la panadería y en casa del sastre; y cuando se tienen muchas, su poder es tan grande que todas las puertas se abren de par en par.

Este fué el resultado que obtuvo haciendo ladrillos. Es verdad que el fuego hacia quebrar muchos en el horno, pero tambien los pedazos podian aprovecharse.

La anciana tia Margarita, habia siempre soñado con tener una casa propia; el fabricante, hombre generoso si los hay, le daba todos los ladrillos rotos y la pobre mujer construyó por sí misma una casita en la orilla del lago. La casa en realidad no era mas que una cabaña cuya ventana caia hácia un lado y el techo hácia el otro, y la lluvia penetraba algunas veces por las aberturas mal cerradas, pero en último resultado ofrecia un abrigo á la tia Margarita, en términos que mucho tiempo despues de la muerte del fabricante de ladrillos, la casa estaba todavia en pié.

El segundo hermano, el albañil, despues de haber terminado su aprendizaje partió á la ciudad mas próxima con el saco á la espalda, cantando, fumando y acariciando las mas bellas ilusiones.

Al cabo de algun tiempo se hizo notar por su asiduidad en el trabajo y por su buena conducta. Se le encargó la construccion de muchas casas y estas le proporcionaron una para sí.

Si me pedis la explicacion de esto, os contestaré lo que he oido decir á las gentes del pais: «La casa propia se encuentra siempre en las ajenas.»

Una vez hecho propietario se casó con su prometida, y la noche de la boda hubo baile en el salon.

Tal vez creais que al decir salon me refiero á una pieza adornada con mullidos tapices, cuadros de pintores célebres y muebles espléndidos; nada de esto, el salon de que hablo era sencillamente una habitacion cuadrada, espaciosa, con las paredes blanqueadas; pero cuando al son de la música el albañil hacia girar á la novia entre sus brazos, pareciale que se deslizaba sobre un bruñido pavimento, y las paredes se cubrian de flores como por encanto. Todo el mundo admiraba esta graciosa pareja, haciendo votos por la felicidad de los jóvenes desposados. Esto era ya algo... Despues el albañil murió, porque mas tarde ó mas temprano todo concluye por esto. Murió con la seguridad de que ni sus hijos ni su viuda moririan de hambre, es decir, que murió tranquilo sobre las afecciones que mas interesaban á su corazón.

Veamos el tercer hermano. Con una resignacion estóica terminó sus estudios. Despues de haber sufrido muchas penalidades en el taller, llegó á ser arquitecto, miembro de la Academia y toda una calle cuyos planos habia levantado, fué bautizada con su nombre. Esto ya era mucho. Sin embargo, tuvo la dicha de casarse con una encantadora y rica viuda, con quien vivió feliz mucho tiempo y á su muerte se le hicieron magníficos funerales. Tambien esto era alguna cosa.

En cuanto al hombre de genio, al cuarto de los hermanos que queria innovar el arte, crear un nuevo género, y dar nombre á una escuela, encontró bastantes recursos para alquilar un piso sexto, sin contar el entresuelo, desde el cual cayó un dia á la calle y se rompió la cabeza. Pero despues de muerto todo el mundo reconoció su talento, pronunciándose tres discursos sobre su tumba, y si no se levantó un monumento espléndido, se le enterró al menos en nicho. Algo era esto tambien.

El último de los hermanos, el crítico, sobrevivió á los demás: tuvo la última palabra, que era para él lo esencial. Todo el que leia sus artículos decía: ¡Qué ingenio! ¡qué inteligencia! ¡qué erudición!

Pero llegó su hora y fué á las puertas del Paraiso en el momento que se encontraba tambien allí el alma de la buena tia Margarita.

— ¿Qué diablos viene á hacer aquí esta desgraciada? dijo el crítico: sin duda ha venido para servirme de contraste. ¿Quién sois, anciana? ¿Qué quereis?

La pobre mujer hizo una profunda reverencia porque creia que estaba hablando nada menos que con el mismo san Pedro.

— Soy una pobre vieja sin familia, contestó: en el mundo se me llamaba la tia Margarita.

— ¿Y habeis hecho alguna cosa útil sobre la tierra?

— Absolutamente nada, mi buen señor; seria para mí una gracia inmensa si me permitiérais que me quedara aquí en la puerta.

— ¿Cómo habeis abandonado la mansion de los vivos? preguntó el crítico enojado al ver que no se le abrian las puertas.

— Si he de decir la verdad, no lo sé. Hacia ya muchos años que sufría bastante, y un catarro que he cogido últimamente me ha dado el golpe de muerte. Ya sabrá usted, señor, que en los últimos dias hacia un frio horroroso: el lago grande se habia helado y una multitud ébria de gozo patinaba, bailaba y cantaba al compás de una deliciosa música. Los ecos de la algazara llegando hasta el cuarto en que estaba acostada, no me dejaban dormir y me puse á contemplar la luna y las estrellas que brillaban en el cielo, cuando veo remontarse en el horizonte una nube con un punto negro en el centro. Es necesario ser vieja y tener experiencia para comprender estos indicios: ya habia visto yo dos veces esta nube, y sabia que bien pronto una horrorosa tempestad, seguida de una tromba, pondria el lago en conmocion, y que cuantas personas se encontraran en él, jóvenes y viejos, mujeres y niños, serian irremisiblemente sepultados. Entonces, apurando todas mis fuerzas, me levanté de la cama, corriendo á la ventana para abrirla; pero el hielo que llenaba sus junturas se opuso á mis esfuerzos. Se bailaba y cantaba, las mujeres saltaban sobre el hielo y nadie pensaba en el peligro. Sin embargo, la nube blanca con un punto negro, que crecia por momentos, se adelantaba con rapidez: rompí un vidrio y me puse á gritar con todas mis fuerzas para que aquellos desgraciados se pusieran en salvo; pero mi débil voz no llegaba hasta donde estaban: intenté correr, y tambien mis piernas se opusieron. Entonces Dios me inspiró una idea feliz; prendí fuego á mi lecho pensando que era preferible sacrificar mi casa y su dueña, si preciso era, á dejar perecer de una manera tan terrible centenares de personas. Ya me veia rodeada por las llamas, cuando pude hacer un esfuerzo supremo y llegar hasta el umbral de mi puerta, donde caí extenuada por el cansancio y la emocion. No tardó el fuego en apoderarse del techo, y pudieron apercibirse los patinadores del lago, que corrieron á la orilla para socorrerme. Ni una sola persona quedó sobre el hielo; pensaban que el fuego iba á devorarme viva. Cuando ya estaban todos en tierra firme, se oyó un ruido semejante al de un cañonazo; de repente estalló la tempestad, y la tromba absorbió el hielo rompiéndole en mil pedazos. El incendio me cubria de chispas y carbones encendidos, pero yo los habia salvado. Algunas almas caritativas se apoderaron de mí para prodigarme toda clase de cuidados, pero fué inútil; la emocion habia sido demasiado fuerte y el frio me habia sobrecogido; espiré. Ya veis, señor, cómo he llegado á las puertas del Paraiso; he oido decir allá abajo que se abren algunas veces ante seres tan miserables como yo; pero quizá sea mucho atrevimiento por mi parte solicitar este favor.

Al decir esto se abrieron las puertas del Paraiso, dando paso á un ángel, que hizo entrar á la anciana. Al pasar dejó caer una paja, una de las pajas que componian el techo que ella misma habia quemado; este humilde tallo se trasformó en oro puro, extendiéndose como una inmensa columna cubierta de maravillosos adornos.

— Hé aquí la credencial de esta pobre anciana, dijo el ángel al crítico admirado. ¿Y tú qué traes? ¡Nada! Ni aun un ladrillo; pero el buen deseo se cuenta tambien por alguna cosa. No se puede hacer nada por tí, porque llegas con las manos vacías.

Entonces el alma buena de la tia Margarita intercedió por él.

— Su hermano, dijo ella, fué quien me dió todas las piedras y ladrillos rotos que me han servido para construir mi mezquino albergue, los cuales eran demasiados para mí. ¿No podria componer entre todos esos pedazos el ladrillo que le pedis? Le concedereis una merced, puesto que tiene necesidad de ella. ¿Acaso no es este el pais de la gracia?

— Ya ves, dijo el ángel, el hermano á quien mas menospreciabas te proporciona su limosna para la entrada en el Paraiso. No te volveré á ver, quédate ahí y reflexiona; que quizá encontrarás alguna buena accion en el trascurso de tu vida y puede aprovecharte y valdrá mas que ninguna otra cosa.

Y el ángel desapareció.

— No se explica mal, dijo el crítico vanidoso, pero yo hubiera hablado mucho mejor.

Hizo, sin embargo, esta reflexion en voz baja por no apesadumbrar al ángel. Esta atención tan extraña en un crítico era ya muy digna de estima y le salvó. La puerta habia quedado entreabierta y se escurrió en el Paraiso. Pero, ¿qué hará allí? Creemos que no tendrá ocupacion alguna.

### Revista de Paris.

El sábado último las diferentes estaciones de ferro-carril que hay en Paris presentaban un animadísimo espectáculo. Era la víspera del primer dia de caza en esta temporada, y miles de parisienses se disponian á disfrutar del permiso prefectoral, sin cuyo requisito es cosa prohibida apuntar con la escopeta á las perdices, liebres y venados. La gente corria en todos sentidos, tropezándose y llamándose; cada cazador iba provisto de armas de todos tamaños y de los diversos sistemas perfeccionados que continuamente se dan á luz, y en todas las líneas de los ferro-carriles los ladridos

de los perros se mezclaban en un formidable concierto con el silbido de la locomotora. Hé aquí pues en campaña á los aficionados: quiera Dios que á la vuelta de sus proezas no tengamos este año que relatar alguno de esos terribles accidentes que ocurren con harta frecuencia entre los cazadores inexpertos que siempre abundan en la masa.

Otro espectáculo de muy distinto género habia llamado mucho la atención dos dias antes, cual era el que ofrece siempre la Academia francesa cuando celebra su sesion pública anual. Este año el presidente era el conde de Falloux y las lecturas se sucedieron en el siguiente orden:

1º Informe de M. Villemain, secretario perpétuo, sobre los concursos;

2º Informe del conde de Falloux sobre los premios de virtud;

3º Lectura de la composicion poética inscrita bajo el número 66, que alcanzó el premio de poesia.

La Academia habia propuesto por asunto á los poetas en 1867, *la Muerte del presidente Lincoln*, y el premio ha sido otorgado á M. Eduardo Grenier.

En cuanto á los premios destinados á recompensar acciones virtuosas, se han concedido uno de 2,500 francos, dos de 2,000, tres de 1,000 y quince de 500.

Luego habia los premios destinados á las obras mas útiles á las costumbres, que han sido ocho, y entre ellos el primero ha sido concedido á la señora A. Craven por la obra titulada: *Narraciones de una hermana, recuerdos de familia*.

Seguia el premio fundado por el baron Gobert, que segun la voluntad del testador, se compone de los nueve décimos de la renta total que legó á la Academia, pues el otro décimo se reserva para el escrito sobre la historia de Francia que mas se haya acercado al premio.

Las obras coronadas conservan los premios anuales hasta que se presentan otras que se declaran con mayor mérito. La obra en posesion del primer premio, que es la *Historia de la Restauracion* por M. de Vielcastel, no ha sido desbancada en 1867.

El premio especial de 3,000 francos fundado por M. Bordin para el fomento de la alta literatura, se ha concedido este año á M. Caro, autor del libro que se titula: *la Filosofía de Goethe*.

Finalmente, habiendo decidido la Academia que la renta anual del premio fundado por M. Lambert, se consagraria cada año á todo literato, ó viuda de literato, á quien podria ser oportuno conceder una señal de interés público, se ha hecho esta vez la reparticion siguiente:

1º Una medalla de un valor de 1,000 francos á M. Eduardo de Anglemont, que ha merecido ya otras recompensas en anteriores concursos;

2º Una medalla de 600 francos á M. Barrillot, autor de varias comedias y de diversas poesías líricas.

El gran interés para la crónica está en las recompensas concedidas á la virtud, y bajo este concepto vamos á señalar aqui algunas de las que descuellan este año, para lo cual nos valdremos naturalmente del extenso informe en que M. de Falloux da cuenta de todas las que, á juicio de la Academia, han merecido los premios que dejamos indicados.

El primero, de 2,500 francos, ha sido concedido á Agata Mahais, de Angers.

«Agata Mahais, dice el informe, manifiesta desde su infancia su inclinacion á la caridad. Huérfana á los diez años, se ocupa de sus jóvenes hermanos; á los veinte y ocho adopta á cinco hijos de su hermano, pobre albañil que acababa de perder á su esposa, y cuida de ellos hasta que se encuentran en estado de ganarse la vida. Se la presentan varios partidos ventajosos para casarse; pero en vano, pues entregada á las obras de caridad nada logra distraerla un instante de su celo en aliviar los males del prójimo. Su ocupacion constante consistia en recoger en su casa ancianos achacosos, niños y muchachas que queria apartar de la corrupcion, y durante toda su vida Agata no olvidó nunca mas que una miseria, que era la suya.

» Su casa, añade el informe, viene á ser muy luego un hospicio en la verdadera acepcion de la palabra, y sin embargo, nunca pidió á nadie ningun socorro: solo apeló á su propio trabajo. En verano se levanta antes de ser de dia, y en invierno pasa velando una parte de la noche para que la tiendecilla de frutas y verduras que tiene en Angers, así como su trabajo, no sufran perjuicio alguno con los cuidados que prodiga á sus huéspedes. Algunos la ayudan ora guardando la tienda durante su ausencia, ora trayéndola las verduras y las frutas; pero hay otros que la pagan con la mas negra ingratitud, que hasta la roban el poco dinero que reserva para sus muchos gastos. Agata no se queja por ello ni se incomoda; lo único que hace en tales casos es tomar mas precauciones. En 1852 recogió hasta siete pobres á la vez, entre los cuales se contaba un joven que se moria por consuncion, y en cuya lenta agonía le asistió con toda la solicitud de una madre.»

Despues de esto se ocupa de una mujer octogenaria, que muere igualmente en sus brazos colmándola de bendiciones. A cada instante la llaman y ella corre á los barrios mas distantes: aqui lleva el almuerzo á un aprendiz, allí remedios á un enfermo, mas allá socorros y ropa blanca á una mujer que está de parto, y por do quiera se presenta con palabras afectuosas y divinas esperanzas.

Tal ha sido y es la mujer que, llegada ya á una edad avanzada no tiene nada de ahorros. Cuando la anunciaron la recompensa de la Academia exclamó:

— Dos mil quinientos francos es mucho dinero para mí que jamás he poseido nada.

Y al cabo de un instante añadió

— Pero lo agradezco, porque aprovechará á muchos.

Los dos premios siguientes de 2,000 francos cada uno, pertenecen á Leonie Silie y á Clotilde Bocquillon.

La primera es una institutriz que no se contentaba con dar á sus discípulas la enseñanza, sino que repartía con las mas pobres de ellas su comida y su ropa.

En noviembre de 1859 el fuego consume una casa vecina y la institutriz recoge á los incendiados, sin acordarse de que esta familia la habia tenido siempre un odio tan injusto como inexplicable.

A todas las horas del día y de la noche la encuentran dispuesta á acudir adonde la llaman.

En 1865 la fiebre tifóidea, complicada con un mal de garganta epidémico se declara en su pueblo, y ella va de la escuela á la cabecera de los enfermos, gasta sus fuerzas por cumplir al mismo tiempo con su deber, y cuando se acaba esta primera epidemia viene el cólera y la «admirable institutriz» como dicen en el pueblo, continúa su obra de caridad, haciendo nuevos sacrificios.

Clotilde Bocquillon no tenia mas de diez y seis años cuando sus padres, ancianos y achacosos, quedaron enteramente á cargo suyo. Su hermano mayor, que estaba epiléptico, exigía un cuidado constante y socorros superiores á los que podía darle Clotilde, en tanto que sus hermanas, idiotas y furiosas á veces, maltrataban á sus padres siempre que podían. La Academia premia en Clotilde no solo sus instintos caritativos respecto de los enfermos y los pobres, sino esa larga é incansable lucha contra la mas terrible de las enfermedades humanas, la privación de toda inteligencia.

Rosalía Foissac, Aglae Delon y María Duchesne, han sido premiadas con medalla de 1,000 francos cada una.

Hija de un sombrerero de Sainte-Affrique, que tuvo quince hijos, Rosalía Foissac entró á la edad de trece años al servicio de una casa rica; pero muy luego esta casa viene á menos, y la joven sirvienta pasa la noche cosiendo guantes para proporcionar el pan á sus amos. En esto viene á saber que su padre y su madre no bastan para atender á los catorce hijos, y entonces vuelve á ellos y les auxilia. Gracias á su actividad, la industria de su padre prospera y Rosalía aplica su actividad á socorrer enfermos y desvalidos.

Aglae Delon, que habita en la ciudad de Némours, se vió reducida por desgracias domésticas, á vivir de una renta que apenas la bastaba para ella misma, y sin embargo se impuso las mas duras privaciones por alimentar y cuidar en su propia casa varios niños huérfanos.

Por último, María Duchesne es una aldeana de la Bretaña que á la edad de veinte y ocho años, en 1842, se hizo maestra de escuela á fin de ayudar al cura de su pueblo, anciano y achacoso, que no podía ya con los deberes de su ministerio.

La pobre María tuvo que principiar por aprender lo que se proponía enseñar, y trabajó para ello con tanto ardor, que en 1844 se presentaba á exámen y ganaba el diploma de institutriz, y posteriormente recibía dos medallas por el buen éxito de su enseñanza. A esto añade María Duchesne una incansable solicitud para buscar y socorrer todas las miserias.

Una recompensa particular, el premio Souriau, ha sido concedida á Anastasia Gaudin, criada de M. Lebrun. Este M. Lebrun fué un célebre soldado vendeano que por sus servicios mereció en tiempo de la Restauración un empleo y una pensión de 300 francos, que perdió en 1830, lo cual causó su miseria. «Anastasia Gaudin, dice el informe del director de la Academia, no quiso separarse del vendeano, y cuando al cabo de algunos años M. Lebrun tuvo igualmente el dolor de perder á su señora, Anastasia se consagró con mas fervor que nunca á toda la familia. Cada uno de los numerosos hijos que la componían recibió de esta buena mujer todos los cuidados de la ternura materna, y ellos todos la amaron y respetaron como á una madre.»

En suma, esta mujer, modelo de criadas, no quiso abandonar un instante á M. Lebrun, hasta el 12 de febrero de 1866, día en que el anciano falleció de repente á la edad de ochenta y nueve años.

El informe concluye indicando rápidamente los títulos de las demás personas recompensadas.

Entre los sucesos de la semana que entran en el dominio de la crónica, debemos citar la fiesta de san Fiacre, patron de los horticultores y floristas, que se celebró el sábado último con mucha pompa en el barrio de Reuilly. Los jardines del departamento del Sena constituyen una corporación perfectamente organizada. Distribuidos en secciones diversas que llevan los títulos de las localidades á que pertenecen, como Saint-Médard, Passy, Bourg-la-Reine, Vitry, Belleville y Pécopus, los horticultores han adoptado por patrono á san Fiacre, príncipe escocés que abandonó el lujo y la grandeza por la soledad y el trabajo de la tierra, y forman una sociedad de socorros mutuos que cuenta 1,800 miembros.

La iglesia de la calle de Reuilly habia sido adornada para esta solemnidad con arbustos que casi cubrían el santuario. Había allí magnolias sorprendentes, granados con profusión, que adornaban las naves laterales, en tanto que una doble hilera de naranjos se alineaba en perspectiva desde el pie de la nave hasta el coro. Además se encontraban en la iglesia las plantas exóticas mas raras y costosas. Como de costumbre, no faltó el canastillo tradicional de frutas y de flores que fué presentado al altar con el pan bendito por cuatro jóvenes vestidas de blanco. El cura párroco dijo la misa en medio de aquella iglesia trasformada en un jardín de los mas admirables.

A propósito de iglesias, hé aquí una noticia digna de ser consignada tambien en las crónicas parisienses.

Las obras de restauración emprendidas en Nuestra Señora de Paris hace veinte y cinco años, tocan á su término.

Días pasados comenzaron á caer las construcciones de tabla situadas al Mediodía de la célebre iglesia, y en las cuales se habian instalado las oficinas de los arquitectos y diferentes talleres.

En el espacio que ha quedado libre y en el eje de la nueva sacristía con que se ha enriquecido la célebre catedral por esa parte, levantan actualmente un edificio de estilo sencillo y muy adecuado al carácter general del antiguo monumento á cuyo lado está, y del que será una importante dependencia. En esta nueva construcción, compuesta de bajos y un primer piso, estarán las habitaciones del arcipreste y el alojamiento del guardian de la iglesia.

Sobre las puertas laterales llamadas de la Virgen y de Santa Ana, que existen en la fachada occidental de Nuestra Señora, hay labores de hierro forjado que constituyen curiosas é interesantes muestras del arte de la cerrajería en los siglos XII y XIII. Segun una antigua tradición, dice el diario oficial del imperio, del cual entresacamos estos apuntes, las labores en cuestion tuvieron por autor al demonio, que mediante un pacto acudió en auxilio de un obrero llamado Biscornet ó Biscornette, á quien encargaron esta obra que desesperaba de llevar á buen fin. El nombre de Biscornet figura en mas de una lista de maestros de la edad media; pero parece ser que este operario no consiguió garantizar de hierro la puerta central por la que salía el Santísimo Sacramento en los días solemnes.

Estábase reservado á un artista de nuestra época el llenar este vacío, y con efecto, hoy están colocando la magnífica obra ejecutada con este fin por M. Boulanger, bajo la dirección del entendido arquitecto M. Viollet-le-Duc.

En el interior de la iglesia tan visitada en la actualidad por los extranjeros y los provincianos que la Exposición universal llama á Paris, se está dando la última mano á la serie de imágenes de piedra que cierran el coro de la basílica. En resumen, la conclusión de las obras que han durado los años que hemos dicho, es cosa ya de brevísimo tiempo.

Si los teatros de Paris continúan en la inacción mas completa en punto á novedades, en cambio los concertistas extranjeros nos proporcionan cada día nuevas sorpresas.

En el gran teatro de la Opera acabamos de tener el primer festival escandinavo, concierto intercalado en una función compuesta de los tres primeros actos del *Trovador* y del segundo acto de *Gisela*.

El éxito de los artistas dinamarqueses y noruegos ha sido muy grande, y merecido en verdad, pues es imposible cantar con mas maestría y mas gracia. Las melodías que ejecutaron bajo la inteligente dirección de M. Arpy, son de una originalidad pasmosa.

Así la ovación que se hizo á estos artistas fué extraordinaria.

Entre tanto sigue llamando mucho la atención en la Exposición universal la orquesta húngara, de que hemos hablado ya á nuestros lectores. Esta orquesta se compone de seis violines, dos bajos, un clarinete, dos altos y una especie de piano de construcción muy extraña, cuyas cuerdas en las que pegan con unas varillas, producen sonidos de una claridad suma. El público se agolpa diariamente en la reverberación donde tocan estos artistas húngaros con una animación entusiasta. Parece ser que estos ejecutantes de primer orden tocan sin saber música; aprenden al oído. De todos modos, puede decirse que no tienen rival en el desempeño de cuantas piezas ejecutan.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### EL AGUINALDO.

#### Á LA SEÑORITA DELFINA ISAVA.

(Versos escritos para cumplir un deseo del señor Manuel Ferreyro.)

#### LA NUEVA AURORA.

Del grato enero la linda aurora  
Ya nos deslumbra desde el Oriente,  
Y entre sus rayos, que el orbe adora,  
El año nuevo llega esplendente:  
De nardo y lirios la blanca Flora  
Se ciñe alegre la hermosa frente,  
Y en los jardines donde ella mora  
Alzan las Musas himno ferviente.

¿Y aun no bendice tu voz divina  
La fausta aurora, dulce Delfina?  
Abre tus bellos ojos,  
Angel risueño,  
Sin temer los enojos  
Del dios del sueño:  
Despierta ufana,

Mecida por el céfiro  
De la mañana:  
Despierta, niña,  
Entre el perfume de ricas flores,  
Que eres la gala de la campiña,  
La poesía  
En que se inspiran los ruseñores,  
La casta diosa de la alegría.

EL PELLO CUADRO (1).

¿Qué sutil genio de la hermosura  
Sigue tu mano divina y breve,  
Cuando los signos de la escritura  
Grabas en hojas color de nieve?  
¿A quién no inspiran grata ternura  
Tus arabescos de ideal relieve?  
¿A quién no encanta la donosura  
Con que tu pluma gentil se mueve?

¿Quién no te adora con fe cristiana,  
Graciosa ondina yurubiana?...  
Pierdo yo el paraíso  
De los querubines  
Que extasiados diviso  
Sobre altas nubes,  
Si tu real pluma  
No traslada mi cántico  
Que ya te abruma,  
Blanca azucena;  
Porque en tu letra radia la gloria  
Que me cautiva, que me enajena,  
Y yo daría,  
Por conservarla como memoria,  
Cuantas riquezas alumbró el día.

L. ESCOBAR.

San Felipe, enero de 1867.

## Las fiestas de Lila.

### ENTRADA DE SUS MAJESTADES.

El domingo último en la tarde llegué á Lila, y al punto puse manos á la obra, lo que era fácil, pues los preparativos comenzados hacia algunos días tocaban á su fin, y anunciaban de un modo imponente que la ciudad estaba dispuesta á hacer al emperador y á la emperatriz un ostentoso recibimiento. Los arcos de triunfo, las banderas, las decoraciones de toda clase acababan de levantarse. El cortejo de las compañías de arqueros y ballesteros recorría las calles, y luego venían las sociedades corales y orfeónicas, en número de mas de setenta, que se reunían despues para un doble festival dado en la plaza del Chateau por los cantantes, y en la de Richebé por las músicas de armonía.

Desde el lunes por la mañana se sucedían los trenes extraordinarios que arrojaban á la población oleadas de muchedumbre. Con los habitantes de las localidades contiguas se juntan los viajeros procedentes de Bélgica y de Alemania; trescientas mil personas se apiñan en las calles y en las plazas, y cualquiera podrá imaginarse lo que era este inmenso concurso, con solo saber que los miembros de las diputaciones que salieron al encuentro á Sus Majestades, ascendían al número de mas de cincuenta mil.

A las dos de la tarde se hizo imposible la circulación: los zapadores-bomberos, sociedades de beneficencia, diputaciones obreras, corporaciones de todo género, con las banderas y el tambor al frente, forman la carrera que ha de seguir el cortejo imperial, trazada con mástil engalanados con oriflamas y plantados por ambos lados; toda esta carrera, que tiene cerca de cuatro kilómetros, está enarenada.

Por todas partes las ventanas, los balcones, las cornisas y todo espacio saliente de los tejados, se hallan guarnecidos de cabezas de curiosos. Por desgracia, el cielo que habia estado despejado toda la mañana, se cubre de nubes amenazadoras, y á los primeros chaparrones de la tormenta, sucede una lluvia fina y continua. Finalmente, á las cinco resuena el cañon y repican las campanas, lo que es anuncio de la llegada del tren imperial. Sus Majestades entran en Lila y se dirigen á la iglesia de San Mauricio, donde les recibe el señor arzobispo de Cambrai. A la salida de la iglesia, despues del *Te Deum*, la lluvia aumenta, y dicen á Sus Majestades que no continúen su marcha en coche descubierto; pero la emperatriz se empeña en continuar, y vestida de blanco y sin recurrir siquiera al ligero abrigo de su sombrilla, se mantiene al lado del emperador durante el trayecto de la iglesia á la Prefectura.

Esta resolución de la emperatriz da mayor incremento al entusiasmo, y la muchedumbre, agradecida á este cortés homenaje, aplaude frenéticamente. P. B.

(1) Alude á la arrogantisima letra de la señorita Delfina Isava, quien escribió estos versos en un bello cuadro que conserva el señor Ferreyro.



FIESTAS DE LILA. — Llegada de SS. MM.: El cortejo imperial pasando por la puerta de Paris.



Los premios

Y

LOS ENVIOS DE ROMA.

La exposicion de los envios de Roma y de las obras que han concurrido para el premio de Roma, ha ocupado durante toda la semana última las salas del palacio de Bellas Artes. Sin exageracion puede decirse que rara vez una exposicion de este género ha sido tan nula como la de este año. No aprovecharemos la ocasion para lamentar la decadencia del arte; lo que pensamos es que en esto no debe verse mas que un accidente pasajero. Quizás la Exposicion universal con todos los pretextos que ofrece al estudio teórico y á la curiosidad, han producido alguna disipacion en el trabajo de los competidores para los grandes premios; quizás el cambio de director de la Escuela francesa en Roma ha dado motivo para alguna suspension momentánea en los estudios; en su-



Premios y envios de Roma de 1867. — Gran premio de pintura: *La Muerte de Layo*, cuadro por M. P. J. Blanc.

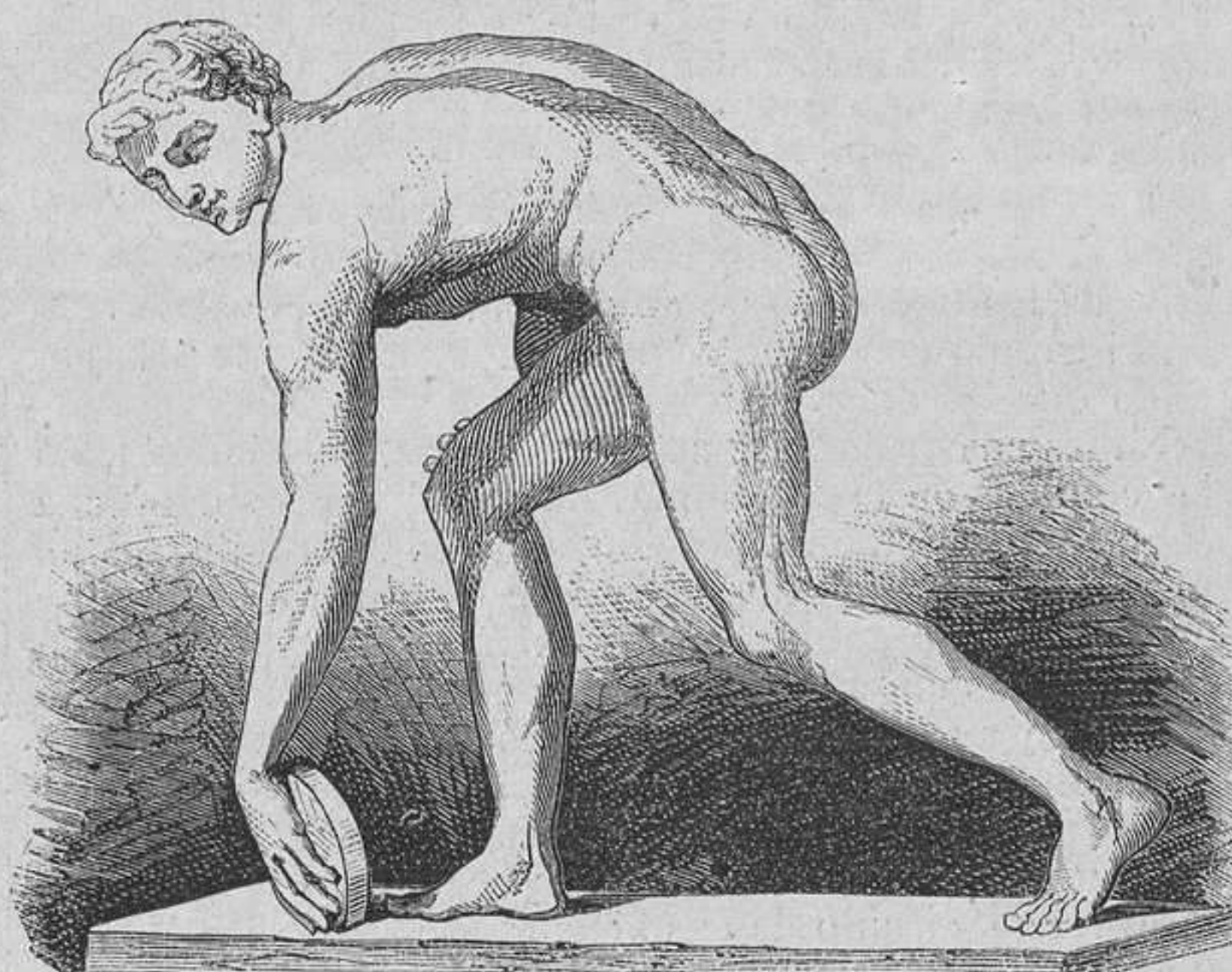
ma, son causas menudas que pueden tener su influencia y que deben tomarse en consideracion antes de desanimarse.

Sea como quiera, la exposicion no es satisfactoria, sobre todo en lo que concierne á la pintura. M. Lefebvre, alumno de Roma de 5º año, ha enviado un cuadro que representa á *Cornelia, madre de los Gracos*, severa y vestida de negro, mostrando sus joyas; esto es, sus dos hijos, que mas tarde pondrán en revolucion á la sociedad romana. La composicion es sencilla y está bien entendida, pero el cuadro se halla sin terminar y parece como velado por una gasa. M. Machard, alumno de primer año, ha hecho un *Clodovig encontrado en el Marne por un pescador*, verdadero cuadro de historia, muy lúgubre y tan sombrío que cuesta trabajo creer que una obra tan negra haya podido hacerse bajo el claro cielo italiano.

El primer premio, que dará al que lo ha ganado el derecho de ir á aprender la pintura en Roma, ha sido concedido á M. Blanc, discipulo de Cabanel y de Bin. El asunto era este: «Edipo en-



*Ganimedes*, mármol de M. Barthélemy, alumno de 5º año.



*Discóbolo*, estatua de yeso por M. Deschamps, alumno de 2º año.



*Actor antiguo*, estatua de yeso por M. Bourgeois, alumno de 3er año.

contrando en un camino de Fócida á Layo, su padre, á quien da muerte sin conocerle.» Edipo se arroja á los caballos; el anciano se echa hácia atrás para evitar los golpes con que le amenaza la maza de su hijo; la disposicion de la escena es tumultuosa, pero la ejecucion es esmerada. Hay descuidos imprudentes en los personajes, en tanto que ciertos accesorios están pintados cuidadosamente.

Los lienzos de M. Blanchard y de M. Bourgeois no están concluidos; sin embargo, observamos en M. Blanchard un buen paisaje y un sentimiento de composicion sumamente laudable.

Los envios de Roma que figuran en la seccion de escultura son mucho mejores que los de la pintura: y es que la escultura no admite aproximaciones en la ejecucion. El *Ganimedes* de M. Barthélemy tiene una buena actitud, y sus afeminadas gracias están bien expresadas. El *Actor* de M. Bourgeois (3er año), está tratado ingeniosamente, y el autor ha sabido animar esta figura sin alejarse demasiado de la gravedad que la escultura reclama. — El *Niño y la Paloma* de M. Chaplain (3er año), es una bonita y graciosa idea que habria aprobado Thor-



*Cornelia, madre de los Gracos*, cuadro de M. Lefebvre, alumno de 5º año.

waldsen. La *Bacanal* de M. Barrias (1er año) no carece de animacion; los movimientos están bien estudiados. El *Discóbolo* es obra de M. Deschamps, muerto en Nápoles hace un mes, gran pérdida para el arte, pues esa obra revela un escultor consumado.

No ha habido premio de Roma en escultura; y solo se han concedido cuatro accessits á MM. Allard, Dujardin, Dumilâtre y Truffaut, cuyos bajo-relieves nos han parecido superiores á lo que han producido sus compañeros de pintura.

La arquitectura es sin duda alguna la parte mas notable de esta exposicion: los envios de M. Brune que reproducen en aguadas monumentos y vistas de Siria y Egipto, son una maravilla de exactitud y de sentimiento artístico; las obras de M. Guabet sobre el Coliseo de Roma, son notabilísimas en cuanto á perspectiva.

El premio de Roma para la arquitectura, cuyo asunto era «Palacio de Exposicion para Bellas Artes,» ha sido ganado por los planos de M. Benard, alumno de M. Paccard.

T. G. F.

### Artistas célebres.

(Conclusion.)

El hubiera deseado vivir en aquellos tiempos de inocencia en que los filósofos, si filósofos había entonces, iban descalzos, los reyes dirigían el arado, las princesas lavaban sus vestidos, y los poetas, lo mismo que los bardos del Norte, cantaban para alcanzar un pedazo de pan.

Esta obra se compone de treinta y seis viñetas, que por la sencillez, la gracia y naturalidad, son superiores á todos los demás dibujos. Representan la historia de Pandora y los efectos de su presencia sobre la tierra. Una de ellas era de tanto mérito á los ojos del artista, que la modeló en relieve; tal es el Mercurio conduciendo á Pandora del cielo á la tierra, y atravesando los aires con su preciosa carga.

Flaxman tenía á la sazón sesenta y seis años, y gozaba de una reputación mas que europea. De todas partes le llegaban avisos para hacer varias obras, á que no podía dar cumplimiento con su actividad. Las mas importantes fueron un *San Miguel vencedor de Satanás*, y un *Escudo de Aquiles*.

La primera fué hecha para lord Egremont, celoso protector de las bellas artes, y la segunda para Rundell y Bridge, plateros distinguidos; esta obra es tenida por uno de los modelos de Flaxman. La intención del poeta no era menos que representar todo el universo en la superficie de este escudo. Empieza enseñándonos el sistema del mundo; los cielos, los astros colgados de la bóveda de los cielos, la tierra inmóvil, y los mares que la rodean como un ceñidor.

En seguida presenta la tierra bajo un punto de vista especial; las ciudades felices en el seno de la paz ó terribles en la guerra; los afanes de la labranza y sus resultados en la cosecha y en la vendimia; la vida pastoril con todos sus embelesos y peligros; en una palabra, todos los trabajos que embargan al hombre y todas las ambiciones que traen dividido al mundo.

Pope, en la distribución de esas diferentes escenas y las dimensiones probables del escudo, adoptó el plan de M. Boivin, que ordenó todos los elementos dados por el poeta con una precisión matemática.

Pero apasionado por las líneas rectas el sabio académico ha convertido el poético escudo de Homero en una rueda de carro, cuyos radios abrazan simétricamente doce escenas de magnitud unimorfe, cortadas además por nueve círculos ó aun mas, que destruyen toda la armonía de la obra con innumerables intersecciones.

Flaxman redujo con mucha maestría á la mitad el número de aquellos círculos, y reemplazó con las líneas rectas por curvas undulantes que separan los diversos grupos sin ofender la vista.

En la orilla del escudo, el artista ha representado el Océano cuyas olas blandamente agitadas se alzan como los vellocinos de un rebaño. En el centro, Apolo, ó el sol en su carroza, difunde la luz por el mundo. Este círculo central solo tiene un pié de diámetro á corta diferencia (todo el escudo tiene tres piés); y sin embargo en tan pequeño espacio, el artista ha representado la tierra, el mar, los cielos, el sol que derrama sus rayos, la luna llena, y la dilatada corona de los astros centelleantes, el coro de las Pléyades, el poderoso Orion, la Osa, etc., etc.

En los doce cuadros que llenan el intervalo que separa la orilla del círculo central, Flaxman ha mostrado toda la ciencia de un erudito y la inspiración de un poeta. Las figuras tienen unas seis pulgadas de alto y á veces media de relieve.

El foco de la superficie convexa no se halla á seis pulgadas sobre el plano del broquel, y sin embargo de este fondo tan escaso se desprenden mas de cien figuras de hombres. Flaxman se gloriaba justamente de esta obra magnífica: los dibujos y el modelo fueron pagados á 620 libras esterlinas (3,000 duros). La primera *prueba*, en plata dorada, al precio de 2,000 guineas (unos 9,000 duros), fué colocada por el rey en su bufete: otra del mismo metal y del mismo precio fué ofrecida por el rey al duque de York.

Lord Lonsdale y el duque de Northumberland hicieron trabajar una cada cual del mismo precio. Los propietarios del molde hicieron amoldar dos en bronce para sí, y tres en yeso para la Academia real, para Tomás Lawrence y para Flaxman.

Algunos de las mejores obras de Flaxman pertenecen á esta última época de su vida, entre las cuales hay su *Psiqué*, su *Apolo Pastor*, y las estatuas de *Rafael* y *Miguel Angel*, como tambien el grupo de *San Miguel* y de *Satanás*. La *Psiqué* y el *Apolo Pastor* anuncian el número del ilustrador de Homero. El *Miguel Angel* y el *Rafael* son poéticos, pero reales, heroicos y familiares: su traje es pintoresco sin dejar por esto de ser histórico.

Las estatuas *Burns* y de *Kemble* no merecen el mismo elogio. El actor que hace el papel de Coriolano, es algo pesado. El grupo del *Arcángel Miguel* y de *Satanás* es una pieza de primer orden; su concepto es épico ciertamente, su disposición grandiosa y la acción divina.

El arcángel que triunfa del enemigo que tiene á sus plantas, y la resignación del vencido demuestran que fué herido por la lanza de un semidios. Los artistas que pretenden adquirir fama en el género histórico ó poético deberían estudiar este modelo, donde todo está señalado con un carácter de grandeza sin exageración, que ater-

roriza sin disgustar el ánimo. Compárese con el *Prometeo* de Salvalor Rosa. En este cuadro se ve la víctima tendida de costado, el buitre le despedaza el hígado; y sus alas agitadas con violencia hacen llover la sangre á su alrededor, de suerte que constituye una escena de carnicería, pero no de terror.

Las obras de Flaxman se dividen naturalmente en cuatro clases, segun la naturaleza de los objetos que ha tratado; religiosas, poéticas, clásicas é históricas. En estos diversos géneros se hallan piezas de un mérito distinguido, bien que no se encuentra en todos la misma superioridad. En el género histórico, rara vez triunfa de las dificultades de los trajes, y en el género clásico, su número está sujeto á la antigua forma; pero en los objetos poéticos y religiosos, es superior á todos los escultores modernos por la pureza y sencillez de estilo.

Sus composiciones religiosas consisten en grupos ó figuras en las cuales realiza poéticamente los mas bellos pasos de la Escritura. En general, son piezas de corta dimensión, esculpidas en mármol ó trabajadas en yeso, sin hablar de los dibujos que adornan un gran número de libritos de memorias. Estos dibujos, trazados con el pincel, son conservados por su hermana, y las paredes de su gabinete están cubiertas todavía de un gran número de bajo-relieves de esta especie.

Casi no hay iglesia que no posea alguna escultura de este insigne artista; y es lástima que estas composiciones no se hayan hecho en escala mayor, pues hubieran producido un efecto mas imponente, aun cuando nada hubieran ganado en vigor de sentimiento.

Flaxman, segun dijimos ya, era de corta estatura; su andar desmañado, y su rostro algo vulgar. Pero cuando hablaba, su fisonomía descubría al momento la superioridad de su espíritu. Sus ojos rasgados centelleaban, la inexplicable dulzura de su sonrisa templaba la altivez de la habitual expresión de su boca; su ancha frente, emblema del número, se perdía bajo sus largos y negros cabellos que, desordenados, caían por ambos lados de la cabeza.

Aunque rico, no tomó coche, lacayos ni librea, pues mas bien se consideraba como el compañero que como el amo de los oficiales que empleaba. Des veces al año salía al campo con ellos, y presidía alegremente á la comida que les daba.

En las circunstancias extraordinarias, por ejemplo, en las comidas de la Academia, hacia colocar á su derecha John Burge, su pulidor de mármol. Trataba como miembro de su familia á los doce ó quince oficiales que ocupaba en su gabinete; los hacia cuidar y los pagaba durante sus enfermedades. Así pues, era generalmente amado; y su bondad era tan conocida, que los hombres de la plebe decían en su natural lenguaje:

— Es el mejor amo que Dios haya criado.

Su género de vida era sóbrio y regular; encerrado en el estrecho círculo de sus afectos, permanecía lejos de un mundo cuyo cortesano ó detractor no quiso ser. El autor de este ensayo hizo varias preguntas á un académico para adquirir algunas noticias de su ilustre colega.

— Yo no puedo decir nada, contestó este; porque Flaxman vivía como si no fuese de este mundo; su modo de gobernarse era muy diverso del nuestro; en fin, era un hombre de la antigüedad. Sabéis su modo de vestir, á la una comía, despues trabajaba, lo cual nos guardamos nosotros de hacer; tomaba el té á las seis; y por la noche no iba á ninguna tertulia de ricos ni de nobles; era feliz en su casa, donde permanecía continuamente. De todos los miembros de la Academia, Flaxman es el que menos conozco.

En los últimos años de su vida, en medio de su gloria y prosperidad, sufrió Flaxman algunas pérdidas que alteraron su felicidad. En 1820 perdió su compañera, y esta separación difundió la amargura y el duelo por el resto de sus días.

Solo le quedó ya un corto número de amigos. Hayley, á quien apreciaba como hombre de talento dejó de vivir, como tambien Banks, su amigo y rival, y Romney, único de los pintores ingleses de quien fué querido.

No obstante habia conservado á Tomás Hope y Samuel Rogers, á quienes apreciaba por su número y por la belleza de su alma: amaba tambien al pintor Howard y á Horthard. El trato de aquellos hombres distinguidos y los desvelos de dos mujeres, su hermana y la de Ana Denman, le embelesaban todavía en sus últimos días.

Su salud, aunque algo quebrantada, no hacia temer una próxima catástrofe, cuando, á principios del invierno de 1826, recibió una mañana la visita de un extranjero que vino á sorprenderle en el acto de levantarse.

— Caballero, le dijo el desconocido, presentándole un libro, hé aquí una obra que os ofrece un artista italiano, para lo cual me ha enviado, como tambien para justificar su extraña dedicatoria. Por toda la Italia se ha difundido la noticia de vuestra muerte, y mi amigo queriendo manifestar el aprecio en que tenía vuestro número, no ha titubeado en poner bajo vuestra invocación la obra que iba á publicar. Al frente de su libro ha escrito: «A los manes de Flaxman.» Apenas se publicó el libro se desmintió la noticia de vuestra muerte. El autor se felicita de su equivocación, y espera que tendreis á bien acoger su obra y su apología.

Sonrióse Flaxman, recibió el volumen con su acostumbrada modestia, y por la noche, con aire indiferente, refirió el lance á sus amigos y familia como una aventura curiosa.

Esta escena pasaba el sábado por la mañana, 2 de diciembre. Todo el día Flaxman estuvo de buen humor, y en perfecta salud; pero al día siguiente, habiendo ido á la iglesia, segun costumbre, le cogió un repentino

constipado que le obligó á meterse en cama, volviendo á su casa, bien que no quiso llamar al médico.

El lunes siguiente, se levantó para recibir algunos amigos que habia convidado. Apenas llegaron sus amigos notaron la alteración de sus facciones; pero el buen humor de su huésped durante el banquete aventó todos sus temores.

Al día siguiente, la reuma degeneró en inflamación pulmonar, el mal hizo rápidos progresos, en términos que todos los recursos del arte se agotaron en balde para atajarlo; y el jueves por la mañana, 7 de diciembre de 1826, espiró el mayor escultor de Inglaterra.

El 15 del propio mes, el presidente y el consejo de la Academia real condujeron sus restos mortales, á la cabeza de un séquito numeroso y escogido, al cementerio de San Gil de los Campos, y en su tumba se trazó la siguiente inscripción.

«John Flaxman, R. A. P. S., cuya vida mortal fué constantemente una preparación para la inmortalidad de los santos; su alma angélica ha volado á su divino Autor el día 7 de diciembre de 1826, despues de haber peregrinado sesenta y dos años sobre la tierra.»

M. DE F.

### La Maladeta junto á Venasque.

ESCENAS DE LOS PIRINEOS.

Seria tal vez imposible encontrar en toda la naturaleza un cuadro comparable con el que se ofrece á los ojos del viajero, cuando contempla, desde el puente de Chamouni, el Monte-Blanco, mientras que los últimos destellos del día, bañando su cima, derraman un crepúsculo artificial, rebosando magia sobre sus pinares y sus ventisqueros, y cuando, despues de haber matizado sus nieves sempiternas con ráfagas peregrinas, desde los mas subidos matices del oro bruñido hasta los leves celajillos de una púrpura intensa y halagüeña, terminan con el resalto de sus riscos sobre el oscuro azul de un cielo de otoño. MM. Windam y Pocock, en 1742, fueron los primeros que estuvieron contemplando las maravillas de aquella admirable perspectiva, y la impresión que les hizo debió aumentarse mucho mas cuando reflexionaban que nadie hasta entonces la habia presenciado.

No es este el lugar de averiguar las causas del tedio que experimentamos por objetos dignos, por otra parte, de nuestro pasmo, cuando llegan á ser el blanco de una curiosidad vulgar. Sea lo que fuere, su influjo fué la causa de que el autor de estas páginas, para salir del carril de un viaje á Suiza, se pudiese á mirar el mapa, y computando el tiempo que tenía á su disposición, buscarse sitios tan curiosos como recónditos.

Tienen los nombres mas influjo del que se supone para con nosotros, y quizás los de la Cuchillada de Roldan, del Monte-Perdido y sobre todo de la Maladeta contribuyeron á hacer recaer su elección sobre los Pirineos, país menos atendido que los demás sitios pintorescos de Europa, aunque mas preponderante en trascendencias y conexiones apreciadas.

Las últimas hazañas y la muerte del sobrino de Carlomagno, y la vislumbre misteriosa que acompaña la memoria de aquel antiguo soldado francés, despide por tales sitios un embeleso heroico inapeable. Sus valles fueron tambien el último refugio de los Templarios, los cuales habian alzado allí sus banderas y construido capillas cuyos restos se ven todavía en los ángulos mas recónditos.

Todos sus pasos recuerdan alguna historia de antiguos contrabandistas. Sus gargantas, sus cuevas han servido muchas veces de morada á denodados salteadores cuya nombradía lleva sus visos de gloria; y en fin, al pié de estas montañas fué donde acontecieron los violentos vaivenes que terminaron la guerra de la Península, y seria fácil reconocer allí las huellas de los últimos rayos lanzados en 1814 por las águilas de Napoleón.

Despues de un corto viaje, cuyo interés habia correspondido á los afanes, me encontré en las elevadas regiones de Bañeras de Luchon, desde donde se tiende la vista por una cañada de cerca de una milla de longitud, hácia una valla que parece invencible, y que une el mogote de la Pica, á la izquierda, con las cumbres recortadas de Estaovas, á la derecha.

Esta pantalla formidable que se eleva como un inmenso antemural, encubre la Maladeta, monte que, aunque tres veces mas alto que el Snowdon en el país de Gales, y poco inferior á la mas alta cima de los Alpes, se traspone enteramente á las miradas del viajero hasta que está muy cerca.

Quisiera clavar la atención de mis lectores en este gigante de los Pirineos y al paso que conduce á él, rogándole que se traslade con el pensamiento en medio de una pequeña caravana, que se disponía á salir á media noche de Luchon, para ver salir el sol sobre las alturas, cuando sus primeros destellos viniesen á bañar la ciudad de Venasque, situada en los últimos límites de la frontera española.

El termómetro habia subido durante el día á los 85 grados de Fahrenheit, y en el instante de nuestra partida estaba todavía en los 75. Mas aunque no se percibiese la menor rafaguilla de ambiente, el calor era intenso sin que sofocase.

La luna menguante se había encumbrado por detrás de un gran lienzo de montañas, y solo revelaban su presencia sobre el horizonte los destellos lindos y halagüeños que se derramaban sobre su ámbito despejado. Era tan diáfano aquel cielo y tan puro, que la misma noche, al parecer, había alzado su velo para dejar ver su magnificencia.

Nuestros jacos, haciendo resonar sus herraduras sobre el piso, nos trasportaron pronto lejos de una especie de *via lactea*, formada por las velas y las linternas de los aldeanos absortos que se habían levantado para vernos partir, y no tardamos en encontrarnos sobre un sendero acaracolado que iba ciñendo las orillas de la Pica, y que nos condujo al pie de una elevación natural, coronada de una torre arruinada, que en otro tiempo sirviera sin duda de puesto avanzado para el resguardo del valle.

Dejámosla á nuestra derecha, y desviándonos del rumbo delineado por el río, empezamos á trepar por un denso y lóbrego bosque donde calaban apenas los destellos de la luna.

Al paso que nos íbamos emboscando, se empinaba y dificultaba mas y mas el sendero; los árboles eran mas altos, y nuestros caballos tropezaban con pinos derrumbados, ó se desviaban, caminando por las orillas del abismo, para evitar los troncos entretejidos de raíces.

A veces columbrábamos por un claro los picos de Venasque que la luna reflejaba sobre nuestras cabezas: pasó que tenia algo de fantástico, y se parecía no poco á las visiones disparatadas y sublimes de un sueño.

Al paso que se iba encumbrando la luna y que nosotros avanzábamos, el calor tórrido de Luchon cedía el lugar á un frío agudísimo, y antes de la una, estábamos todos encapotados, caminando de uno en uno sobre el estrecho sendero como una caravana india.

El tránsito repentino del excesivo calor al ambiente helado de las montañas, y el reposo teatral de la perspectiva que nos cercaba nos hizo enmudecer por un rato.

De repente, mientras caminábamos, interrumpió nuestro silencio un alarido lejano, pero tan agudo y lastimero, que todos creímos que sería el de algun viajero que se hallaba desahuciado.

— Es un viajero que se muere, exclamé.

— No, respondió nuestro guía; es el gran murciélago de los bosques (1) que llama á su macho.

En efecto, otro aullido no menos lúgubre le respondió luego desde lo alto de los peñones que amagaban á nuestras cabezas.

Al paso que avanzábamos, una gran mole tenebrosa que reparábamos tiempo hacia, parecía extender mas y mas sus anchurosas faldas, y paró en cuajar casi todo el fondo del país.

Un viajero que no la hubiese advertido, la tuviera por una nube parda sobre la cual centelleaba una estrella; pero nosotros sabíamos que era la montaña que debía ser el término de nuestra correría.

— En cuanto á ese fuego que veis, nos dijo el guía, es el de un cazador; mientras este fuego arda, nada tiene que temer de los lobos y los osos.

Hacia las dos y cuarto salimos del bosque, y atravesando una pequeña llanura, nos encontramos al pie del hospicio de Bañeras, grande construcción solitaria destinada á servir de asilo á los viajeros.

Los largos ladridos de los perros de los pastores, anunciaron nuestro arribo, y cuando llegamos á la puerta, la encontramos ya abierta, y fuimos introducidos por los porteros de esta especie de meson apartado, quienes acostumbrados á recibir huéspedes de todas clases, á todas horas y en todas las estaciones, no mostraron la menor extrañeza de una visita, que en cualquier otra parte hubiera parecido intempestiva.

Después de haber atravesado un largo corredor, nos llevaron á un salon ahumado y lóbrego, que acababan de oscurecer mas y mas el polvo y la humareda que lo cuajaban.

Los restos de un fuego moribundo que ardian en uno de sus rincones, dispersos, por todo un hogar anchuroso, rodeado de un círculo de bancos y taburetes, alumbraban escasamente esta pieza.

Ocupaban aquellos toscos asientos una crecida pastora, alternando con varios contrabandistas y entes indefinibles, los cuales allá embargados en un profundo sueño, se revolvan en medio de un confuso monton de sacos, maletas y sillas.

Una huésped de dura fisonomía echó en el hogar nueva provision de troncos de pino, que al cabo de pocos minutos llenaron con sus ramas rojizas la mitad de aquella grandiosa chimenea, y bañaron con sus ardientes ráfagas tan extraño aposento y la sociedad mas extraña todavía que estaba en él reunida.

Mientras que nuestros guías repensaban sus cabalgaduras, nos abastecíamos nosotros mismos, y hacíamos provision de calor, para poder sobrellevar el frío de la mañana en las cumbres adonde íbamos á trepar.

Rayó el alba á las tres, y montamos á caballo. Una escasa vislumbre que asomaba allá en el horizonte hacia el noroeste, nos permitió distinguir las alturas de Venasque que se nos ofrecían al frente con visos de un inmenso precipicio.

No acabábamos de creer que nos habíamos de encumbrar al centro de esta especie de vallado natural,

inasequible en la apariencia. Después de haber atravesado un arroyo que lamia el verde terraplen en que estaba construido el hospicio, empezamos á subir.

Durante cierto tiempo, el camino no fué ni empinado ni trabajoso; un guía abria la marcha, y los caballos, acostumbrados á este sendero, le seguían por sí mismos, sin que los jinetes tuviesen que cuidar de ellos; pero luego fué mas y mas creciendo el repecho, y la senda, que hasta entonces habia sido recta, con tal recodo, empezó á caracolarse por un peñascar, donde parecía que las gamuzas, las cabras ó los potros de aquellas montañas podían caminar tan solo.

Nos cercaban derrumbaderos: á nuestra izquierda se empinaba hasta el cielo un peñon tajado y á trechos saliente, donde crecían algunos árboles aislados. Sobre uno de estos ángulos que estaba á medio camino del pie de la montaña, nuestro guía nos mostró el sitio donde habíamos visto por la noche el fuego del cazador; pero procuramos en vano divisar con el antejo alguna señal de humo, ó bien al hombre que habia escogido para descansar un paraje tan expuesto.

Este lugar desierto no estaba al alcance de la vista del hombre. Entre tanto aclaraba el alba, y cuando estuvimos á medio camino de la garganta, comenzó el cielo á bermejar, la luna se enmarañó, las estrellas desaparecieron, y los objetos tomaron matices mas vivos y variados.

Los primeros puntos que hirieron los rayos del día fueron las eminencias del Pico y de la Pica, y al paso que se bañaba cada punto, ofrecían sucesivamente á nuestras miradas todos los pormenores de aquel anfiteatro solitario, como si asomasen sobre profundas tinieblas.

Veíamos por donde quiera peñascos, enemigos horrosos del viajero en aquella garganta. Se dejaba discuir que tales peñascos habian sacrificado muchas víctimas con su caída, como lo estaban mostrando las cruces que señalaban las calástrofes.

A la vista de estos monumentos, no podía pensar, sin estremecerme, en cuánto aquellos infelices habian debido experimentar en el trance de su derrumbamiento. Nuestro guía me enseñó, al pie de uno de aquellos peñones, un hoyo donde estaba la sepultura de cuatro personas que habian encontrado la muerte cerca de allí algun tiempo antes: era una pequeña caravana que se componía de seis individuos, entre los cuales habia uno de sus hermanos.

Habian llegado allí sin encontrar mas tropiezos sino los que se atraviesan en aquellas altas regiones al principio de la primavera, cuando una manta de nieve cubre todavía la tierra: marchaban en hilera, uno tras otro, cuando de repente bramó el alud en lo alto del monte, y rodó luego sobre sus faldas.

El hermano de nuestro guía marchaba delante, pero habia experimentado un trastorno harto intenso para poder dar cuenta de sus propios padecimientos y de lo que habia acontecido á sus compañeros, y solo se acordaba de haber sentido un viento impetuoso, y que cuando se volvió, todos los que le acompañaban habian desaparecido, excepto el que le seguía mas inmediato.

No se pudieron hallar los cadáveres de estos desventurados hasta el año siguiente al derretirse las nieves; y estaban tan frescos, tan intactos como en el mismo instante del fracaso que les habia causado la muerte. Su fisonomía no presentaba señal alguna de las angustias de la agonía, y sus rostros permanecían sosegados y tranquilos, como si hubiesen disfrutado de un sueño profundo.

Sus restos fueron colocados debajo de una piedra en el hueco de que he hablado. Los mas ilustres difuntos no han recibido seguramente una sepultura mas grandiosa y mas solemne que esta tumba solitaria de cuatro individuos desconocidos sobre la cima del Venasque.

Una ó dos águilas se remontaron delante de nosotros para saludar al sol viniente, mientras que algunas cornejas gorjeaban sobre las peñas inferiores, anunciando de este modo la venida del día.

Entre tanto la escabrosidad de la subida iba en aumento, y á algunas varas encima de nosotros, el sendero, si puede darse este nombre al camino que seguíamos, era enteramente intransitable.

El frío, que en estas alturas es siempre intenso al nacer el día, subió de punto desde luego que asomamos á la region de las nieves, que se extendían á lo largo sobre las vertientes superiores de la montaña; pero descollaban tanto la extrañeza y grandiosidad de la perspectiva, que apenas reparaba en los dolores que me causaba la suma frialdad del ambiente.

Habia visto en el Atlántico, durante una bonanza, encumbrarse el sol con toda su belleza y atractivo: lo habia visto hundirse al Occidente, en la sima de lóbregos nubarrones disparando rayos: le habia visto igualmente con embeleso dorar la cumbre del Monte Blanco, que reflejaba sobre una larga hilera de viajeros, cuya curiosidad estimulaba su denuedo, mientras que subían penosamente hacia su cima; pero nada era comparable á la magnificencia del espectáculo que tenia en este momento á la vista.

Miramos debajo el hospicio, única señal de habitación humana que pudiese verse, y apenas podíamos percibirlo entre las tinieblas que lo encapotaban allá en lo profundo.

Mientras que nosotros estábamos anegados en un océano de luz pura y brillante, una gran cerrazon estaba aun cubriendo todo lo que yacia á nuestras plantas; habia en esta contraposición un no sé qué de mágico que nos hechizaba. El tránsito de este crepúsculo al día cabal fué casi instantáneo.

Al paso que cada uno de nosotros se erguía sobre una

peña accesible á los rayos del sol, y recobraba una nueva vida, al contemplar su esplendor estuve casi tentado de postrarme delante de él: me parecía que caminábamos por el atrio de un templo inmenso que la naturaleza le habia dedicado.

Habíamos llegado entonces á las orillas de cuatro estanques, tres de los cuales eran de un verde trasparente y fino, mientras que el cuarto, que era el último y mayor, era de un negro oscuro y parduzco, lo que era efecto, segun me dijeron, de la profundidad del abismo, que era inapeable: estábamos contemplándolo, cuando el sol se levantó inmediatamente encima del Pico, y vimos al momento reproducirse en el empañado espejo del lago su forma y sus matices tan rosadas, con un deslinde tan cabal, que no parecía sino una abertura barrenada hasta los antipodas, mas bien que la mera reproducción del contorno.

Nuestra posición se hacia á cada momento mas extraordinaria; porque después de haber mirado en torno, nos parecía que no habia ningun camino para salir de aquel paso y seguir nuestro derrotero, á pesar de las facultades mas que naturales que empezábamos á atribuir á nuestros guías y caballos. Habia sin embargo camino, pero no intentaré retratar sus pormenores, pues esta descripción se haria increíble al lector.

Nuestros guías nos le hicieron ver en el recodo de un peñasquillo saliente. Figuraos una inmensa grieta de muchos centenares de piés que trascendía sobre nuestras cabezas, y que formaba una especie de arco triunfal en la cima del peñon; por esta especie de puerta natural, pues se pasa al reino de Aragon, extendido á sus piés.

El sendero que conduce á él es tan estrecho, que apenas podían marchar de frente dos de nuestros caballos. Estos pobres animales, como si conociesen que tenían que desempeñar la parte mas ardua de su tarea, se detuvieron un instante, y se pusieron otra vez en marcha con doble pujanza y afán, subiendo pausadamente aquella especie de gradería.

Me fué imposible examinar, durante esta larga travesía, aquella puerta de comunicación entre dos reinos: es probable que cuando la naturaleza, en las convulsiones de un parto penoso, arrojó estos montes de las entrañas de la tierra, haya hecho la grande abertura, como un monumento eterno del poderío de su hogar central.

Quiso la casualidad que me encontrase á lo último de la caravana, y experimentaba cierto desaliento al observar que todos mis delanteros, al paso que iban llegando á la Puerta, nombre que dan á esta abertura, detenían su caballo, pero sin dar ninguna señal de entusiasmo ó de extrañeza: lo que hacia casi que diese por mal empleadas las fatigas de aquella penosa noche. Sin embargo, un jóven inglés que venia con nosotros tremoló su sombrero, exclamando:

— ¡Hurra! ¡estamos ya en España!

Y después, espoleando su caballo, se lanzó sobre la pendiente y desapareció á mis ojos. Un momento después estaba yo en aquella brecha, y me cupo también hacer mis observaciones sobre la perspectiva. Como los otros, no prorumpí en alaridos: permanecí mudo, inmóvil y atónito, y con los ojos clavados sobre el teatro maravilloso que acababa de presentarse tan repentinamente.

A la vista de ese nuevo mundo de peregrina hermosura, experimenté sensaciones indecibles y desconocidas; me parecía que me desprendía de mis lazos terrestres, que estaba encumbrado mas inmediato bajo la mano del Todopoderoso.

La Maladeta estaba patente y en pié en su asombrosa desnudez, como la sombra de alguna montaña de un mundo derrocado. Era su aspecto como soñado. El viso lustroso de la berroqueña de que se forma, se distinguía apenas de las capas de hielos y nieves que cubrían su cabeza surcada de profundas grietas, donde el cazador mas denodado no se hubiera atrevido á arriesgarse.

Los rincones denegridos que asomaban acá y acullá en su cima, contrapuestos á la blancura de las nieves; los cambiantes cenicientos de sus costados; la escasa vegetación de sus faldas; los velos parduzcos y nublosos con que la cubria la noche todavía; á nuestra izquierda, los valles de aquellos montes malditos; mientras que á nuestra derecha la mañana matizaba las nieves eternas y las montañas que cercan los valles de Venasque, con sus visos y ráfagas mas lindas: todo contribuía á formar un espectáculo imposible de describir, y que la mas acalorada fantasía podría apenas idear.

Los viajeros han hablado repetidamente de los estruendos que se oyen en los Alpes, por las faldas de la Virgen. Este ruido procede indudablemente del derrumbamiento redoblado de los aludes.

(Se continuará.)

### Ferro-carril de Vitré á Fougères.

(Continuacion. — Véase el número 765.)

Independientemente de los servicios que prestan al comercio y á la industria, los ferro-carriles departamentales tienen otro mérito, cual es el de revelarnos, digámoslo así, haciéndolas accesibles, muchas comarcas interesantes que se hallaban aisladas por la falta de me-

(1) *Strix buho*, especie de mochuelo casi tan grande como el águila, que se encuentra muy rara vez en la Europa central ó setentrional. Fabrica su nido en los parajes inaccesibles.

dios de transporte, y que una vez conocidas, son muy apreciadas. Bajo este concepto, entre estos ferrocarriles secundarios, últimas ramificaciones del vasto sistema cuyas principales arterias son las grandes líneas, el de Vitré á Fougères es uno de los mas notables, y seguramente se contará entre los mas frecuentados, pues pone al alcance de los viajeros uno de los rincones de la Bretaña mas originales y pintorescos.

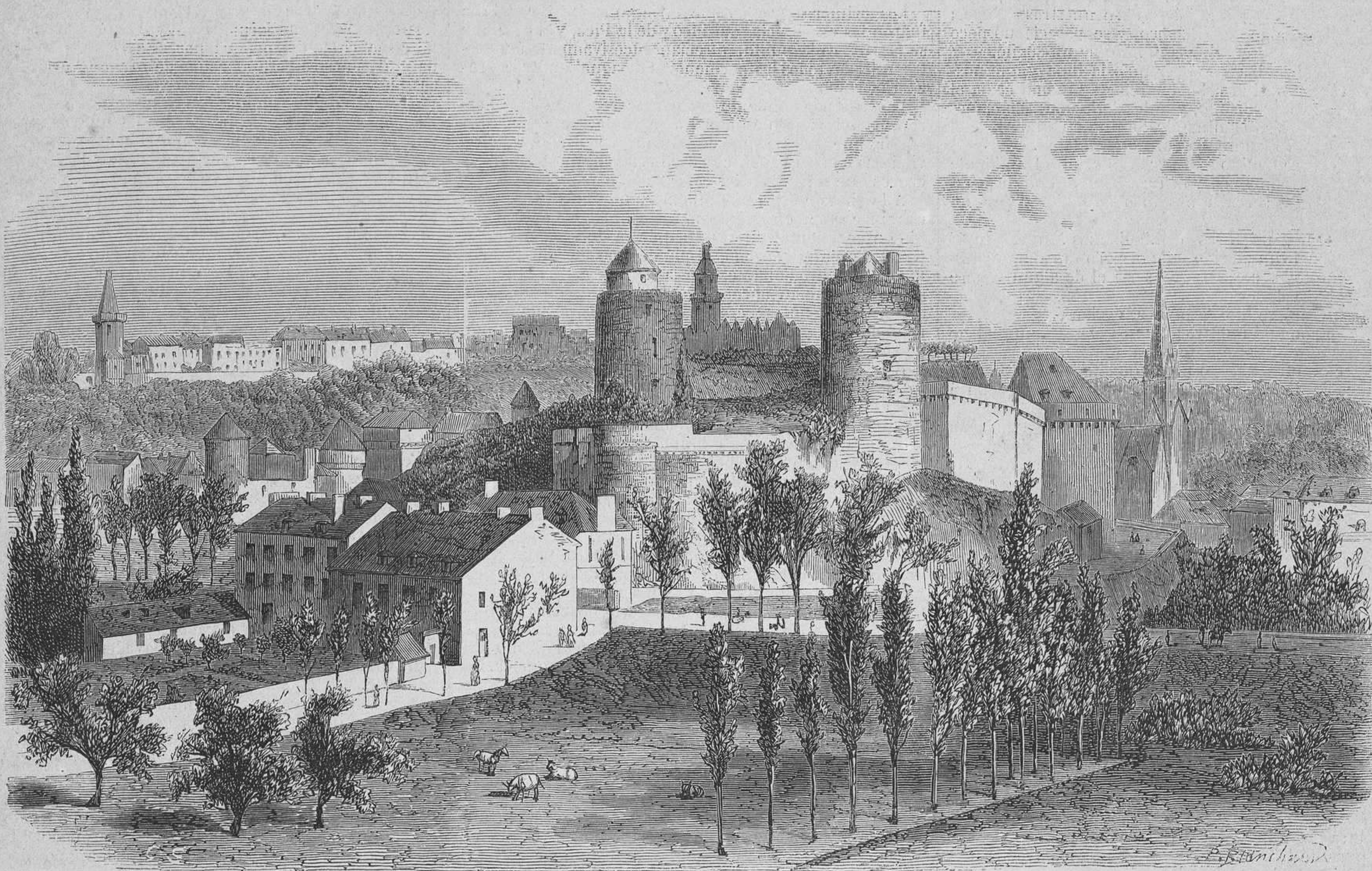
Nuestros lectores conocen ya Vitré, esa poblacion en la que parece revivir el siglo XVI, tan pocas son las huellas que ha conservado de las épocas que ha debido atravesar para llegar hasta nosotros; el grabado



Ferrocarril de Vitré á Fougères. — La puerta de San Sulpicio en Fougères.

ha puesto en evidencia sus calles angostas y tortuosas, sus casas salientes con tejados en punta, sus ventanas guarnecidas de antiguas vidrieras, sus fachadas cruzadas de maderos, y que sostienen vigas ó pilares de piedras formando á cada lado de la calzada un pasaje cubierto, galería estrecha y sombría, bajo la cual se abren las puertas de entrada, así como las tiendas.

Este carácter tan extraño como poético se encuentra igualmente en la iglesia de Nuestra Señora, con su puerta cuajada de curiosas esculturas, su púlpito al aire libre apoyado en la fachada del edificio, y se encuentra tambien en el castillo, cuyas torres y torreones coronados con



Vista general de Fougères, tomada del Campo del Leon.

techumbres en punta, y cuya puerta guarnecida aun con su rastrillo de puente levadizo, han conservado toda su fisonomía de los pasados tiempos. No están tan bien conservadas las fortificaciones que rodean la poblacion: por el lado Norte dominan el fértil valle de Vilaine, y desde este punto culminante de la colina se disfruta de una magnífica vista de la campiña bretona, verdadero jardín inglés, cortado con verdes cercados, y lleno de grandes árboles de un aspecto á la vez pintoresco y melancólico. Pero las rocas no están lejos, y el mas suave de los perfumes que vienen de las alamedas del contorno, es el recuerdo de madama de Sevigné, cuyo castillo subsiste aun, como antiguamente, con sus avenidas y sus prados. Desgraciadamente, su poseedor actual no permite la entrada á nadie.

A medio camino de Vitré á Fougères, cerca de la estacion de Chatillon, se encuentran dos rocas enormes separadas entre si por un valle de un centenar de metros de ancho, que se conoce con el nombre de Salto de Roldan, y que tiene una leyenda que M. Arturo de la Borderie refiere en estos términos:

«Un dia llega á lo alto de la cuesta el conde de las Marcas bretonas, el cam-



La calle Mayor y la iglesia de San Leonardo en Fougères.

peon Roldan, montado en su caballo. Tres veces, despreciando los desafíos del espíritu maligno, el capitán de Carmagnon, transformado en héroe fabuloso, salva á caballo el precipicio: la primera vez en nombre de Dios, la segunda en nombre de la Virgen, y la tercera invoca á la dama de sus pensamientos; mas su alazan se resbala en la peña, donde enseñan aun la huella de una herradura, y jinete y caballo ruedan al fondo del abismo.»

Fougères tiene como Vitré ese aspecto de la edad media que hechiza y sorprende al viajero, y presenta una aglomeración de torres, torrecillas, antiguas murallas y almenas por demás romántica: nuestros grabados reproducen los principales aspectos de estas curiosidades. Pero Fougères es tambien una ciudad comercial é industrial de las mas importantes; sus talleres para cortar el granito, sus molinos, sus fábricas de calzado, demuestran á qué necesidades corresponde el nuevo ferrocarril, y dan una alta idea del incremento que puede tomar esta poblacion, ya bastante rica y poderosa para haber sabido crear casi enteramente, con sus propios recursos, la via de comunicacion que la hacia falta.

M. L.

LAS MODAS DE PARIS EN 1867, POR BERTALL.



Traje de paseo para la Exposicion, de una á tres de la tarde.



Traje de la señora condesa (soirée oficial), de once á una de la noche.



Traje de paseo para el bosque de Boulogne, de cinco á siete.



Traje de recepcion para casa, de tres á cinco.

## Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Sí, pobre niño, muy pronto será, continuó Rosa. La tranquilidad de aquellos sitios, la pureza del aire y la frescura de la primavera, os devolverán la salud en pocos días, y nosotras os ocuparemos de muchos modos cuando os halleis en estado de soportar la fatiga.

— ¡La fatiga! murmuró Oliverio: ¡oh! querida señorita, si yo pudiese trabajar para vos y contentaros cuidando vuestros pájaros y vuestras flores, ¡cuánto daría por esto!

— No es necesario que deis nada, dijo la señora Maylie sonriendo, pues ya se os ha dicho que estareis ocupado de muchos modos, y con hacer la mitad de lo que decís, seré completamente feliz.

— ¡Feliz! señora, dijo Oliverio; ¡qué buena sois por hablarme así!

— Vos me hareis mas feliz de lo que puedo deciros, repuso la jóven, pues el pensar que mi buena tia ha podido arrancar á un pobre muchacho de la mas espantosa miseria, es ya para mí una gran felicidad, tanto mayor al ver que el objeto de sus bondades y compasion se muestra sinceramente reconocido. ¿Me comprendéis? preguntó Rosa viendo á Oliverio meditabundo.

— ¡Oh! sí, señora, contestó con viveza Oliverio; pensaba en que soy un ingrato en este momento.

— ¿Hacia quién? preguntó Rosa.

— Hacia el buen caballero y la excelente señora que tuvieron tanto cuidado de mí, replicó Oliverio; si ellos supieran cuán feliz soy, estoy seguro que se alegrarian de ello.

— No lo dudo, repuso la señora Maylie, y ya el doctor ha tenido la bondad de prometeros, que tan pronto como os halleis en estado de soportar el camino, os llevaré á verlos.

— ¡Qué felicidad! exclamó Oliverio, cuyo semblante rebotaba de alegría; ¡qué feliz seré al ver á esos buenos señores!

Al cabo de algun tiempo, Oliverio se halló en estado de soportar el viaje, y una mañana, el doctor y él subieron á un coche perteneciente á la señora Maylie, y se dirigieron á Chertsey-Bridge. Al llegar allí, Oliverio se puso muy pálido y lanzó un grito.

— ¿Qué puede tener este chico? dijo el doctor con el tono brusco que le era habitual; ¿veis alguna cosa? ¿oís algo? ¿qué os pasa?

— Señor, murmuró Oliverio pasando la mano por la ventanilla, ¡esa casa!

— Sí, y bien, ¿qué hay? Parad, cochero. ¿Qué casa es esa, hijo mio?

— Los ladrones... la casa donde me trajeron, dijo en voz baja Oliverio.

— ¡Diablo! exclamó el doctor; abrid la portezuela. Pero antes que el cochero tuviese tiempo de bajar del pescante, el doctor se habia precipitado del coche, y dirigiéndose hacia la casa, comenzó á golpear la puerta como un furioso.

— ¡Ohé! gritó un pequeño y horrible jorobado, abriendo tan repentinamente, que el doctor estuvo á punto de caer, arrastrado por su impetu, ¿qué hay?

— ¡Lo que hay! gritó Losborne cogiendo al jorobado por el cuello sin reflexionar un instante; lo que hay es muchas cosas, y por lo pronto un robo.

— Cuidado no haya alguna otra cosa, una muerte por ejemplo, si no me dejais, contestó friamente el jorobado. ¿Lo oís?

— Ya os oigo, dijo el doctor sacudiendo con viveza al jorobado; ¿dónde está?... maldito sea el bandido; ¿cómo se llama?... Sikes... eso es; ¿donde está Sikes, vuestro jefe?

El jorobado pareció quedar mudo de asombro y de indignacion, y desprendiéndose con la mayor destreza de la diestra del doctor, profirió una infinidad de espantosos juramentos, retirándose dentro de la casa.

Antes que tuviese tiempo de cerrar la puerta, el doctor habia entrado detrás de él, penetrando en una de las habitaciones sin decir palabra.

Una vez allí, miró con inquietud á su alrededor; pero no vió mueble ni indicio alguno que pudiera referirse á la descripcion hecha por Oliverio.

— Ahora, dijo el jorobado, que no le habia perdido un instante de vista, decidme cuál es vuestra intencion al penetrar así á viva fuerza en mi casa. ¿Quereis robarme ó asesinar me? ¿Qué se os ofrece?

— ¿Habeis visto alguna vez que vaya uno á robar en coche de dos caballos, maldito vampiro? exclamó el irritable doctor.

— ¿Qué quereis entonces? preguntó el jorobado con voz ágría; ¡mirad! hareis bien en marcharos al instante y no excitarme la bilis. ¡El diablo os lleve!

— Saldré cuando me dé la gana, dijo Losborne, mirando á otra habitacion, que no se parecia tampoco á la descrita por Oliverio. Ya os encontraré algun día, amigo mio.

— Cuando querais, replicó el jorobado con acento irónico; si me necesitais alguna vez, aquí estoy. No he permanecido aquí solo como un lobo por espacio de

veinte y cinco años, para que vaya á teneros miedo. Ya me la pagareis, ya me la pagareis.

Y así diciendo, el horrible jorobado comenzó á lanzar gritos salvajes, dando en el suelo furiosas patadas.

— Estoy haciendo un papel ridiculo, pensó para sí el doctor. Es preciso que ese muchacho se haya equivocado... Vamos, tomad esto para vos y encerraos en vuestra casa.

Así diciendo, el doctor dió una moneda de plata al jorobado y se encaminó á su coche.

Signióle el hombre hasta la portezuela, profiriendo mil imprecaciones; pero en el momento que Losborne se volvia hácia el cochero para hablarle, el jorobado dirigió su vista hácia el interior del coche, y lanzó una mirada tan feroz y tan furiosa á Oliverio, que este no pudo olvidarla en mucho tiempo, bien estuviere dormido ó despierto.

El jorobado continuó sus imprecaciones hasta que el cochero estuvo en el pescante, y cuando nuestros viajeros se pusieron en camino, pudieron verle aun detrás de sí á cierta distancia, dando patadas en tierra y mäsándose los cabellos, en un trasporte de locura furiosa, fingida ó verdadera.

— Soy un asno, dijo el doctor despues de un prolongado silencio; ¿sabiais eso, Oliverio?

— No, señor.

— Entonces no lo olvidéis para otra vez.... Un asno, repitió el doctor despues de un nuevo silencio de algunos minutos. Aun cuando esa casa hubiera sido la que creia y se hallasen en ella los bandidos, ¿qué podía hacer yo solo? Y aun en el caso de recibir socorro, ¿qué podría haber resultado para mí sino confusion y trastorno? No importa, hubiera recibido una buena leccion para enseñarme á no meterme en enredos por seguir mi primer impulso sin reflexionar.

El hecho es que el buen doctor no habia dejado nunca de seguir su primer impulso, y prueba de que esto era lo mejor que podía hacer, es que, lejos de atraerse por ello disgustos ó compromisos, Losborne se habia grangeado el respeto y la estimacion de cuantos le conocian.

A decir verdad, estuvo de mal humor un minuto ó dos al verse chasqueado en su esperanza de tener una prueba evidente de la veracidad de la historia de Oliverio; pero bien pronto volvió á su humor acostumbrado, y hallando que las respuestas de Oliverio eran tan claras y precisas como sincero su aspecto, resolvió fiarse completamente en adelante del pobre muchacho.

Como Oliverio sabia el nombre de la calle donde moraba Brunlow, pudieron indicar el camino al cochero. Apenas el carruaje hubo doblado la esquina de la calle, el corazon de Oliverio comenzó á latir con una violencia que le sofocaba.

— Ahora, hijo mio, ¿cuál es esa casa? preguntó Losborne.

— ¡Aquella! ¡aquella! contestó Oliverio pasando la mano por la ventanilla. ¡La casa blanca! ¡Oh! ¡despachaos, yo os lo ruego; me parece que voy á morir á fuerza de temblar!

— Vamos, vamos, dijo el doctor dándole un golpecito en el hombro; vais á verlos al instante, y ellos se alegrarán tambien mucho de encontraros sano y salvo.

— ¡Oh! ¡así lo espero! exclamó Oliverio; ¡han sido tan buenos y tan generosos para mí!

El coche continuó rodando y se detuvo al fin; pero tampoco aquella era la casa sino la de mas allá. Entonces Oliverio miró á las ventanas, y lágrimas de alegría surcaron sus megillas.

Pero ¡ay! en la casa blanca no habitaba nadie, y veíase en la puerta un gran cartelón que decia: *Para alquilar.*

— Llamad á la puerta inmediata, dijo el doctor cogiendo del brazo á Oliverio.

Y dirigiéndose á una muchacha preguntó:

— ¿Sabeis dónde se halla el señor Brunlow, que vivia aquí al lado?

La criada lo ignoraba; pero fué á informarse y volvió á decir que el señor Brunlow, despues de venderlo todo, habia marchado hacia seis semanas á las Indias Orientales.

Al oír esto Oliverio se retorció las manos y estuvo á punto de caer sin sentido.

— ¿Se ha marchado tambien el ama de gobierno? preguntó Losborne despues de un momento de silencio.

— Sí, señor, contestó la criada, y con ellos se ha ido tambien un amigo del señor Brunlow.

— Entonces volved á casa, dijo Losborne al cochero, y no os entretengais en refrescar vuestros caballos antes que hayamos salido de este maldito Londres.

— ¡Y el librero, señor! dijo Oliverio; yo conozco el camino, miradle. ¡Os ruego que vayais á verle!

— ¡Pobre muchacho! repuso el doctor; hasta de contrariedades por hoy. Si vamos á casa del librero, acaso nos digan que se ha muerto, que se le ha quemado la casa ó que ha huido. No, vamos en derecha á casa.

Y siguiendo el primer impulso del doctor, volvieron á casa.

Aquella amarga decepcion causó á Oliverio una pena profunda aun en medio de su felicidad, pues muchas veces, mientras estuvo enfermo, se habia complacido en pensar lo que le dirian el señor Brunlow y la señora Bedwin, y el placer que experimentaria en referirles cuánto le hizo sufrir su separacion y cuántas veces se acordó de ellos en sus eternas noches de continuo padecer.

La esperanza de que llegase la hora de explicarse con ellos y de contarles de qué modo le arrebataron, le fortificó y sostuvo en sus últimas pruebas; pero el pensar

que se habian marchado tan lejos llevando consigo la opinion de que era un impostor y un pillo, le causaba una aguda pena.

Sin embargo, aquella circunstancia no alteró en nada los buenos sentimientos de sus bienhechores. Al cabo de otra quincena, cuando el tiempo estuvo bueno y templado, y cuando los árboles comenzaron á cubrirse de verde follaje, entreabiendo sus pétalos las flores, preparóse la familia á dejar por algunos meses su residencia de Chertsey; despues de haber enviado á casa de un banquero la plata, que tanto excitara la codicia del judío, y encargando á Giles y á otro criado la guarda de la casa, marcharon al campo, llevándose consigo á Oliverio.

¿Quién podría describir el placer, la dicha, la paz del alma y la dulce tranquilidad que experimentó Oliverio, convaleciente, al aspirar aquel ambiente embalsamado, al verse en medio de las verdes colinas y los espesos bosques de la residencia campestre? ¿Quién podrá expresar cómo aquellas dulces y tranquilas escenas se graban profundamente en el alma de los que han arrastrado una vida tan miserable en medio del ruido de las grandes ciudades?

Hombres que han vivido durante largos años de trabajo en calles estrechas y populosas, de las que nunca desearon salir; hombres para los cuales la costumbre era una segunda naturaleza, y que habian llegado á encariñarse con cada ladrillo, cada piedra de las que componian el estrecho limite de sus paseos diarios; hombres en fin, sobre los que la muerte habia extendido ya su descarnada mano, han enmudecido solo al contemplar el radiante espectáculo de la naturaleza.

Transportados lejos del teatro de sus antiguos placeres y sufrimientos, han comenzado á experimentar de repente una nueva existencia, y arrastrándose todos los días hasta un sitio risueño, cubierto de verdura, evocando tantos recuerdos solo al contemplar el cielo, las colinas, la llanura, y las cristalinas aguas, que al fin pudieron bajar á la tumba tan tranquilamente como veian desaparecer el sol en el horizonte desde su triste ventana algunas horas antes.

Los recuerdos que las sencillas escenas campestres despiertan en la imaginacion, no son de este mundo, y nada tienen de comun con los pensamientos ó las esperanzas terrestres.

Su dulce influencia puede inducirnos á tejer frescas guirnaldas para ornar la tumba de los que hemos amado; puede purificar nuestros sentimientos y extinguir en nosotros la enemistad ó el odio; pero sobre todo despierta en el alma la vaga memoria de haberse experimentado ya en tiempos remotos aquellas sensaciones, y al mismo tiempo nos hace concebir la idea solemne de un lejano porvenir, del que están desterradas para siempre el orgullo y las pasiones del mundo.

El punto de residencia era magnífico, y Oliverio, que habia vivido hasta entonces entre seres degradados, en medio del tumulto y de las disputas, creyó entrar en una nueva existencia.

La rosa y la margarita rodeaban las paredes de la casa, crecía la enredadera en los troncos de los árboles, y las flores embalsamaban el aire con sus perfumes deliciosos.

Cerca de allí veíase un pequeño cementerio, no con grandes sepulcros de piedra, sino con modestas sepulturas cubiertas de musgo y de césped, bajo las cuales dormian en paz los ancianos del pueblo.

Oliverio iba con frecuencia á pasearse por aquel sitio; y al pensar en la miserable tumba donde reposaba su madre, llenábansele los ojos de lágrimas; pero al elevar sus ojos al tranquilo firmamento consolábase con la idea de que habia dejado la tierra por el cielo.

Era aquel un tiempo feliz; deslizábanse los días tranquilos y serenos, y pasábanse las noches sin temor. Ya no tenia Oliverio que languidecer en una triste prision ni asociarse con miserables rateros; todos sus pensamientos eran risueños.

Diariamente, á primera hora, iba á casa de un anciano de blancos cabellos, que habitaba cerca de la iglesia, el cual le perfeccionaba en la escritura y la lectura, hablándole con tal bondad y tomándose tanto interés por él, que Oliverio no sabia qué hacer para pagarle tanta bondad.

Despues paseábase con la señora Maylie y Rosa, y las oia hablar de libros, ó bien se sentaba cerca de ellas en algun sitio protegido por la sombra y escuchaba la lectura de la jóven hasta que dejaba de leer por acercarse la noche.

De vuelta á la casa, preparábase á estudiar su leccion del día siguiente, y trabajaba con ardor hasta el anochecer en un cuartito con vistas al jardín. Entonces las señoras se iban á dar otro paseo, y él las acompañaba prestando atento oído á lo que decian, feliz si podía coger una flor que les gustara, deseoso de ir á buscar cualquiera cosa que hubiesen olvidado, y anhelando en fin complacerlas en todo.

Terminado el paseo y llegada la noche, sentábase la jóven al piano y tocaba un aire sentimental ó cantaba con voz dulce y melodiosa alguna cancion antigua del agrado de la anciana. En aquellos momentos no se encendian las luces, y Oliverio, sentado cerca de la ventana, escuchaba aquella música armoniosa vertiendo lágrimas de felicidad.

¡Y los domingos! ¡Qué días tan felices! Por la mañana se iba á la iglesia toda rodeada de árboles cuyas ramas cubrian las ventanas del edificio. Cantaban los pájaros en la espesura, y el aire embalsamado esparcía por todas partes sus dulces y suaves perfumes. Las pobres gentes del pueblo, siempre limpias y aseadas, acu-

dian presurosas á rezar, y hacianlo tan piadosamente, que mas parecia para ellos un placer que un deber enojoso.

Aunque el cántico era asaz rústico, pareciale á Oliverio el mas armonioso de cuantos oyó nunca. Terminada la misa iban á paseo para visitar á los aldeanos en sus casitas, y por la noche leia Oliverio dos ó tres capítulos de la Biblia, y cumplido este deber, sentíase mas orgulloso y feliz que un ministro.

Levantábase por la mañana á las seis é iba á pasearse por los campos para coger flores silvestres con las cuales volvía cargado á casa, y adornaba la mesa á la hora de almorzar, así como tambien las jaulas de los pájaros de la señorita Maylie.

Hecho esto, ofrecíase por lo regular ir á cumplir algun encargo caritativo, y cuando no, ocupábase en el jardín bajo la direccion del maestro del pueblo, que era un perfecto jardinero, hasta que bajaba la señorita Rosa, á la cual le dirigia mil cumplimientos por su aplicacion, recompensándole con una graciosa sonrisa.

Así trascurrieron tres meses; tres meses, que en la vida de los hombres mas dichosos y favorecidos del cielo, no hubieran pasado de ser tres meses de felicidad completa; pero que para Oliverio, despues de una infancia tan agitada y tempestuosa, eran la felicidad suprema.

Con la mas noble generosidad por una parte y el reconocimiento mas vivo y mas sincero por la otra, no era extraño que al cabo de poco tiempo se hallase Oliverio en completa intimidad con la anciana y su sobrino, y que el afecto sin límites que las habia consagrado su tierno y sensible corazón, fuera para ellas un motivo de orgullo y una razon para quererle: esta era su mejor recompensa.

## XXXIII.

La primavera pasó pronto, y comenzó el verano. Si hasta entonces habia estado la campiña hermosa, hallábase ahora en todo su brillo y desplegaba todas sus riquezas. Los árboles, antes desnudos, iban cubriéndose de espeso follaje, ofreciendo á su sombra agradables sitios desde donde podia contemplarse todo un paisaje dorado por el sol.

Cubierta ya la tierra de su manto de verdura exhala á lo lejos los mas suaves perfumes. Era la mejor época del año, y respirábase por todas partes la alegría.

La familia Maylie seguía disfrutando su tranquila existencia, y Oliverio que habia recobrado la fuerza y la salud, se mostraba siempre tan dulce, tan fiel y tan afectuoso como cuando los padecimientos habian minado sus fuerzas.

Cierta tarde acababan de dar un paseo mas largo que de costumbre; el día habia sido caluroso, brillaba la luna en todo su esplendor, y levantábase una ligera brisa mas fresca que los otros días. La señora Maylie estaba muy cansada, por haber excedido el paseo de los límites habituales, y por lo tanto resolvieron volver á casa.

Rosa despues de quitarse el sombrero se puso al piano, y recorriendo las teclas con los dedos durante algunos momentos, con aire distraido, entonó una cancion lenta y solemne; al mismo tiempo se la oía suspirar como si llorase.

— ¡Querida Rosa! exclamó la anciana.

La jóven no contestó, y siguió tocando mas aprisa como si la voz de su tía la hubiese distraido de algun pensamiento penoso.

— ¡Rosa, querida hija! dijo la señora Maylie, levantándose precipitadamente é inclinándose hácia la jóven. ¿Qué tienes? tu semblante está bañado de lágrimas. ¿Qué te hace sufrir?

— Nada, querida tía, nada, replicó la jóven; no sé lo que tengo; no puedo decirlo; pero me siento mal esta noche y....

— ¿Estás mala, hija mia? interrumpió la anciana.

— ¡Oh, no, no estoy mala! contestó Rosa, estremeciéndose como si una convulsion mortal se apoderase de ella. Ahora se me pasará; hacedme el favor de cerrar la ventana.

Apresuróse Oliverio á cumplir esta órden, y Rosa, haciendo un esfuerzo para recobrar su alegría, se puso á tocar una cosa mas alegre; pero sus dedos se detuvieron sin fuerza sobre el piano, ocultó el rostro entre sus manos, y arrojándose sobre el canapé, dió libre curso á las lágrimas que no podia contener.

— ¡Hija mia! exclamó la anciana estrechándola entre sus brazos, jamás te he visto así.

— Yo no queria inquietaros, dijo Rosa, pero no he podido evitarlo. Me parece que estoy mala, tía.

Y así era en efecto. Cuando trajeron luces, vióse que en el poco tiempo que trascurriera desde su vuelta á casa, el brillo de su semblante habia desaparecido, poniéndose pálida como el mármol.

Su rostro, sin perder nada de su belleza, estaba sin embargo alterado, y en sus ojos, tan dulces de costumbre, veíase una expresion de vaga inquietud. Un momento despues, tornóse de color de púrpura y se extrañó su mirada; luego desapareció aquel color como la sombra proyectada por una nube pasajera, y adquirió de nuevo una palidez mortal.

Oliverio, que observaba á la anciana con inquietud, notó que se alarmaba ante aquellos síntomas, y él se alarmó tambien; mas viendo despues que parecia considerarlos como ligeros, trató de hacer lo mismo.

La señora Maylie persuadió á Rosa á que se fuese á la cama, y la jóven, que habia vuelto á recobrar la con-

fianza y parecia hallarse mejor, les aseguró que estaba segura de despertarse á la mañana siguiente con buena salud.

— Espero, señora, dijo Oliverio cuando se halló solo con la anciana, que eso no será nada grave; la señorita no parece hallarse bien esta noche, pero...

La señora Maylie le mandó que no dijese nada, y sentándose en un extremo de la habitacion, guardó silencio. Al fin le dijo con voz temblorosa:

— Espero que no, Oliverio; he sido feliz con ella por espacio de muchos años; tan feliz, que acaso haya llegado el momento en que deba experimentar una desgracia; mas confio en que nada sucederá.

— ¿Qué desgracia? preguntó Oliverio.

— El golpe terrible, murmuró la anciana con voz apenas inteligible, de perder á la querida hija que ha sido por tanto tiempo mi consuelo y mi felicidad.

— ¡Oh, Dios nos libre! exclamó Oliverio.

— Así sea, hijo mio, dijo la anciana juntando las manos.

— Supongo que no se debe esperar una desgracia tan terrible, dijo Oliverio. Hace dos horas se hallaba buena.

— Ahora se encuentra muy mala, contestó la señora Maylie, y estoy segura que aun no ha llegado á lo peor. ¡Oh, Rosa, mi querida Rosa! ¿qué haré yo sin ella?

La pobre señora se dejó llevar de pensamientos tan desesperados, y fué presa de un dolor tan violento, que Oliverio, dominando su propia emocion, se atrevió á dirigirla algunas observaciones, suplicándola encarecidamente por el amor de la querida enferma, que se mostrase mas serena.

— Considerad, señora, dijo Oliverio sin poder contener las lágrimas que se le saltaban de los ojos, considerad que es muy jóven y muy buena. Yo estoy seguro... estoy cierto... completamente cierto de que no morirá. Dios no puede permitir que muera tan jóven.

— ¡Chut! repuso la señora Maylie, poniendo su mano sobre la cabeza de Oliverio; razonais como un niño, hijo mio, y aunque lo que decís sea muy natural en vuestra boca, os engañais completamente. Pero ahora recuerdo mis deberes, que habia olvidado un instante, Oliverio, y espero que esto se me perdonará, porque ya soy vieja. He visto bastantes enfermedades y muertes para saber qué dolor experimentan los que sobreviven, y sé lo suficiente para conocer que no son siempre los mas jóvenes y mejores los que quedan en este mundo para consuelo de las personas que los aman. Esto mismo, sin embargo, debe ser para nosotros un consuelo en vez de una pena, porque el cielo es justo, y semejantes pérdidas nos demuestran, sin que de ello quede la menor duda, que hay un mundo mucho mas hermoso que este, y que el camino que á él nos conduce es breve. ¡Cúmplase pues la voluntad de Dios!

Oliverio quedó sorprendido al ver que la señora Maylie, al pronunciar estas palabras, dominó de repente su pena, y cesando de llorar, mostró la mayor firmeza y energia, sin que esta la abandonara en los días siguientes, ni dejase de llenar sus deberes con la mayor serenidad.

Pero Oliverio era un niño, é ignoraba de cuánto son capaces las almas fuertes en semejantes circunstancias. ¡Cómo podia él saberlo, cuando lo ignoran á veces los mismos que tienen esa fuerza de alma!

La noche siguiente no hizo mas que aumentar las inquietudes, y al otro día por la mañana, justificáronse los pronósticos de la señora Maylie. Rosa se hallaba en el primer período de una fiebre lenta y peligrosa.

— Es preciso tener actividad, Oliverio; no debemos dejarnos llevar por un dolor estéril, dijo la señora Maylie, poniendo un dedo sobre sus labios y mirando fijamente al muchacho. Necesito que el doctor reciba esta carta al momento, y habrá que llevarla al pueblo, que dista unas cuatro millas, y desde allí enviar un parte á Chertsey. En la posada encontrareis algun hombre que se encargará de ir, y cuento con vos para asegurarme la marcha del mensajero.

Oliverio no contestó nada, demostrando tan solo deseos de haberse ido ya.

— Hé aquí otra carta, dijo la señora Maylie reflexionando un instante; pero no sé si debo enviarla ahora, ó esperar á que sepamos definitivamente el estado de Rosa. Si creyese en una catástrofe, no la enviaria.

— ¿Es tambien para Chertsey, señora? preguntó Oliverio, impaciente por desempeñar su comision y alargando su mano temblorosa para coger las cartas.

— No, contestó la anciana, dándosela maquinalmente.

Oliverio leyó las señas y vió que iba dirigida á Enrique Maylie, en el castillo de un lord.

— ¿Quereis que la lleve, señora? preguntó Oliverio mirando á la anciana con impaciencia.

— No, prefiero aguardar á mañana, dijo la señora Maylie.

Y entregando su bolsa á Oliverio, este salió corriendo.

Corrió á través de los campos, donde trabajaban á la sazón los segadores y segadoras, y no se detuvo sino para tomar aliento de vez en cuando, durante algunos segundos, hasta llegar cubierto de sudor y polvo á la plaza del pueblo.

Allí se detuvo y buscó con la vista la posada, fijándose al fin en una gran casa con ventanas pintadas de verde, y una muestra en la puerta que decia: *Al gran San Jorge*.

Dirigióse á ella Oliverio inmediatamente, y preguntó á un postillon que estaba á la puerta, el cual, enterado de lo que se trataba, envióle á un mozo, que á su vez le indicó al posadero.

Era este un hombron que llevaba corbata azul, un sombrero blanco, pantalon de paño burdo y botas altas,

y hallábase en aquel momento apoyado contra la puerta de la cuadra, con un mondadientes de plata en la boca.

Despues de escuchar á Oliverio, dirigióse, sin darse mucha prisa, al mostrador para escribir el recibo, en lo cual empleó un buen rato, y cuando el recibo estuvo corriente, fué preciso ensillar el caballo, dando al mensajero el tiempo necesario para equiparse, en lo que se pasaron aun otros diez minutos muy cumplidos.

Oliverio, devorado por la impaciencia y la inquietud, hubiera querido montar al momento y partir á escape.

Por fin, todo estuvo listo, y una vez entregada la carta al mensajero, con muchas recomendaciones para que se diese prisa, picó aquel espuelas á su caballo, y partiendo al galope, hallóse bien pronto á gran distancia del pueblo.

Siempre era algo el tener la seguridad de que se habia enviado á buscar socorro sin pérdida de tiempo.

Oliverio, con el corazón mas tranquilo, salió del patio de la posada, é iba á franquear la puerta, cuando tropezó por casualidad con un hombre de elevada estatura que entraba en aquel momento.

— ¡Ah! exclamó este fijando sus miradas en Oliverio y retrocediendo bruscamente. ¿Qué diablos es esto?

— Dispensad, caballero, dijo Oliverio; tengo mucha prisa y no os habia visto.

— ¡Condenacion! exclamó aquel hombre en voz baja, contemplando al muchacho con una mirada siniestra. ¿Quién lo hubiera creído? ¡Si lo redujeran á cenizas, aun saldria de la tumba para ponerse en mi camino!

— Lo siento mucho, caballero, balbuceó Oliverio, intimidado por la feroz mirada del extranjero; espero que no os habré hecho daño.

— ¡Maldicion! murmuró el recién llegado, presa del mas violento furor y recorriendo los dientes; si hubiera tenido valor para decir tan solo una palabra, me habria visto libre en una sola noche. ¡Muerte y condenacion sobre ti, miserable! ¿Qué haces aquí?

Al pronunciar estas palabras incoherentes, el extranjero, retorciéndose los puños y rechinando los dientes, avanzó hácia Oliverio, como para asestarle un golpe; pero cayó al suelo con pesadez, presa de violentas convulsiones y echando espumarajos por la boca.

Oliverio, despues de contemplar por un instante los espantosos gestos de aquel loco, pues tal lo suponía, volvió á entrar en la casa para pedir socorro; y cuando le hubo visto trasportar á la posada, echó á correr con todas sus fuerzas para recuperar el tiempo perdido, pensando con miedo y temor en la extraña fisonomía del desconocido.

Sin embargo, aquel incidente no ocupó mucho su imaginacion, y al llegar á casa, halló con que absorber completamente sus pensamientos, alejando de su recuerdo toda preocupacion personal.

La enfermedad de Rosa Maylie se habia agravado mucho, y antes de la media noche entró en el delirio.

El médico del pueblo no se separaba de su lecho, y á la primera visita, llamó aparte á la señora Maylie para declarar que el mal era muy grave, y que se necesitaba casi un milagro para salvar la vida de Rosa.

¡Cuántas veces, durante aquella noche, se levantó Oliverio de su cama para deslizarse de puntillas hasta la escalera, y escuchar si salia algun ruido del cuarto de la enferma!

¡Cuántas veces temblaron sus miembros, cubriéndose su frente de un sudor frio, al oír un ruido cualquiera, que le hacia temer alguna espantosa desgracia!

El fervor de todas las oraciones que habia rezado, no valia nada en comparacion de los votos suplicantes que dirigia al cielo para obtener la vida y la salud de la hermosa jóven que iba á ser arrebatada por la muerte.

La cruel incertidumbre en que nos hallamos, cuando inmóviles al lado de una cama, vemos pronto á extinguirse la vida de una persona á quien se quiere con ternura; los desconsoladores pensamientos que asaltan entonces nuestra mente, que hacen latir nuestro corazón, evocando terribles imágenes; el deseo de hacer *alguna cosa* para aliviar un sufrimiento, para apartar un peligro contra el cual todos somos impotentes; el abatimiento, la postracion que produce en nosotros el reconocer esa impotencia, son torturas que con nada pueden compararse.

Llegó el día, y toda la casa se hallaba triste y silenciosa: hablábase en voz baja; veíanse asomar por la puerta de vez en cuando rostros inquietos, y mujeres y niños alejábanse llorando.

Durante aquel día mortal, y aun á la caída de la tarde, Oliverio paseó lentamente el jardín, levantando los ojos á cada instante hácia la ventana de la enferma, y estremeciéndose al pensar que desaparecería la luz que la iluminaba apenas la muerte se cerniese sobre aquella casa. A una hora avanzada de la noche, llegó Losborne.

— Cruel es decirlo, murmuró el buen doctor; tan jóven y tan querida... pero... no hay esperanza.

Al día siguiente amaneció el sol tan radiante como si no fuera á iluminar desgracias y sufrimientos. En tanto que las flores se ostentaban con todo el brillo de sus colores, respirando todo vida, salud y alegría, la pobre Rosa estaba muriéndose por momentos. Arrastróse Oliverio hasta el viejo cementerio, y sentándose en una de las tumbas, lloró en silencio.

Ostentábase la naturaleza tan bella y tranquila, tenia tanto brillo y encanto el paisaje dorado por el sol, era tan dulce y armonioso el canto de los pájaros, y respirábase en fin tanta vida y alegría, que cuando Oliverio alzó sus ojos enrojecidos por las lágrimas para mirar á su alrededor, ocurrióle la idea de que con semejante

tiempo no se podía morir, que Rosa no moriría estando la naturaleza tan alegre y risueña, y que la tumba en fin convenía mas bien al invierno con sus nieves, que no al verano con sus perfumes. Casi estuvo tentado a ser que el sudario no envolvía nunca mas a las personas ancianas, sin poder ocultar jamás bajo sus pliegues la hermosura, la gracia y la juventud.

Una lúgubre campanada le distrajo de sus tristes reflexiones, y á los pocos minutos oyó otra: era el toque de difuntos. Un grupo de humildes aldeanos franqueó la puerta del cementerio; todos llevaban cintas blancas, pues la muerte era una joven, y se descubrieron al llegar junto á una fosa. Entre los que lloraban habia una madre... ¡una madre que ya habia dejado de serlo! Y sin embargo, mostrábase el sol siempre radiante y los pájaros seguían cantando.

(Se continuará.)

### Valentin Meilhan,

VIOLINISTA.

El joven artista Valentin Meilhan, cuyo retrato damos, nació en Bazas (Gironde) en 1836, y co-



M. V. Meilhan, violinista.

menzó sus estudios musicales en Nantes bajo la entendida dirección de su padre, que ejerce desde hace muchos años en esta ciudad las funciones de profesor de música. Después de haber trabajado con ardor bajo la dirección paterna, el joven violinista vino á Paris y entró en el Conservatorio, donde se distinguió por un trabajo asiduo y por una aptitud verdaderamente excepcional.

Fue premiado pues por el Conservatorio, y esta corona llamó á otras.

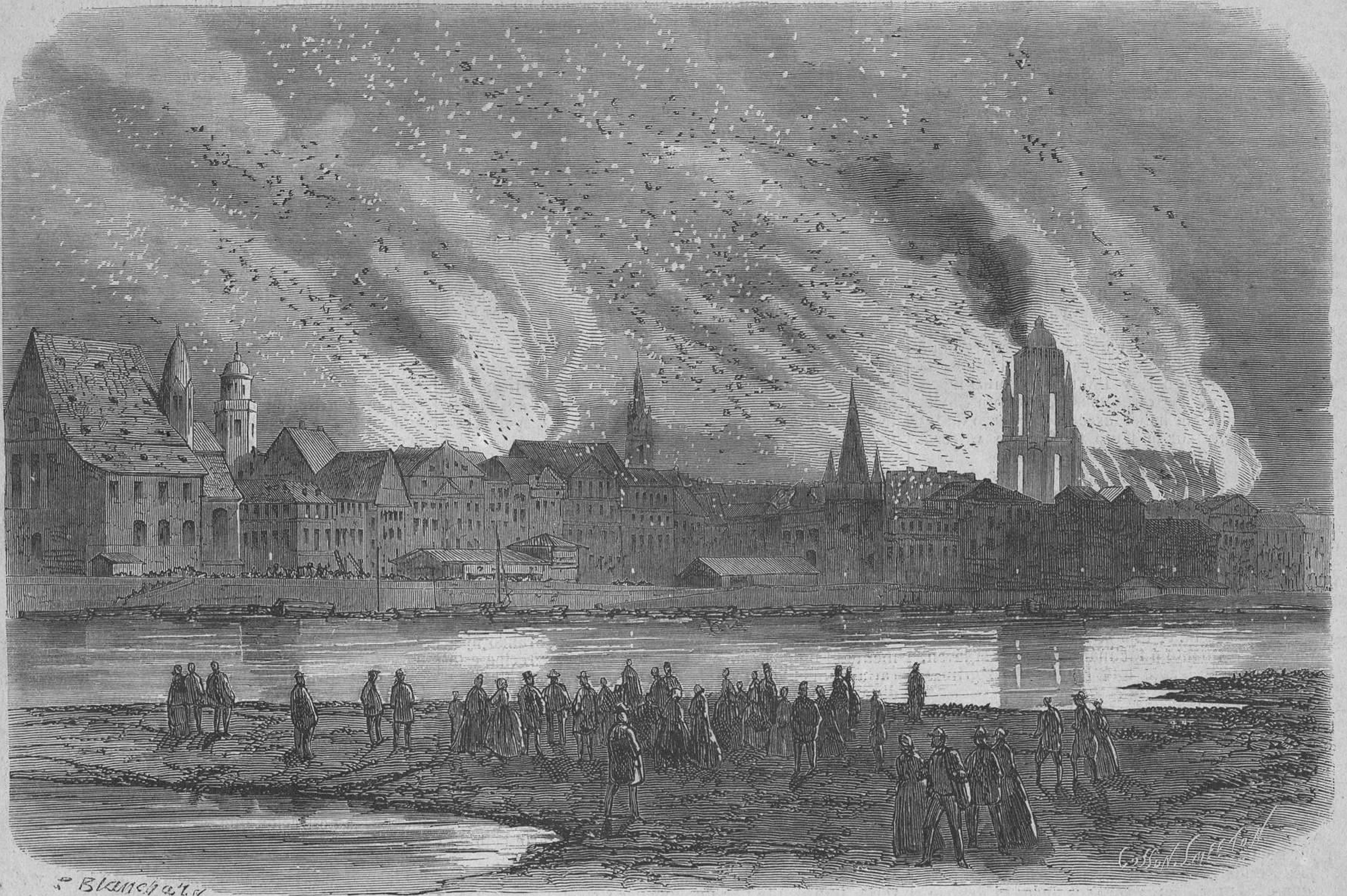
M. Meilhan toma su vuelo, recorre la Europa, y su viaje artístico no ha sido otra cosa que una larga ovación. Su mágico talento le ha valido no solo aplausos, sino distinciones honoríficas.

El deseo de volver á su patria se apoderó del viajero, que era esperado impacientemente por su familia.

Dejó pues la España, regresó á Francia y se detuvo algunos días en Burdeos, donde fundó con algunos artistas los primeros conciertos populares, esas útiles instituciones que en estos últimos años tanto se han propagado en Francia.

M. Meilhan, que debe tocar próximamente en uno de los principales teatros líricos de Paris, es un artista de primer orden. A una ciencia musical muy extensa, reúne una seguridad de ejecución que no dejará de hallar en Paris la consagración que merece.

M. S.



Incendio de la catedral de Francfort.

### Incendio

DE LA CATEDRAL DE FRANCFORT.

Los siniestros se multiplican: Burdeos, Venecia y Francfort acaban de sufrir casi al mismo tiempo terribles catástrofes. Hé aquí el resumen de la relación de nuestro corresponsal sobre el incendio de Francfort.

En la noche del 15 de agosto se declaró un violento incendio en la cervecería Muller, y las llamas se propagaron con tanta rapidez, que los inquilinos de la casa se vieron en apuros para escaparse.

A eso de las dos de la madrugada se creían ya dueños del fuego, cuando observaron que las chispas pro-

cedentes de la casa incendiada, inflamaban poco á poco la techumbre de la parte Norte de la catedral, que llaman también iglesia de San Bartolomé. Las llamas se propagaron velozmente, y en poco tiempo invadieron todo el monumento, pues las bombas no podían alcanzar á tal altura, y por lo tanto eran en esta ocasión completamente inútiles.

A eso de las tres el incendio llegó á la torre Pharthurm; muy luego comenzó á arder la armazón de esta torre, y el monumento apareció como un hogar incandescente.

En la torre las llamas ganaban terreno de minuto en minuto, y muy luego prendieron fuego al segundo piso donde estaban las campanas, las cuales no tardaron mucho en derretirse: entre ellas habia una llamada *Caro-*

*lus Glocke*, y que era muy venerada en el pueblo. La actividad de los trabajadores se aplicó á limitar el incendio, y gracias á las inteligentes medidas de la tropa, solo hubo que deplorar la pérdida de cinco casas contiguas.

Hoy la torre no es mas que una vasta ruina. Toda la parte superior de la catedral se ha quemado. El órgano está destruido, y la parte sudoeste del monumento ha sufrido grandes averías.

Las decoraciones, los ornatos y objetos del culto han quedado intactos, así como el altar mayor y las hermosas vidrieras de las ventanas. Sin embargo, la pérdida es enorme, y cada cual se muestra afectado con una desgracia que ha destruido un monumento del tiempo de Carlomagno.

L. C.